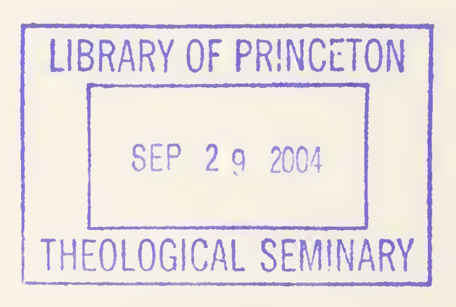




LAP

VERBO

En el principio era el Verbo

S. Juan 1, 1

Noviembre 1961

año III — nº. 30

LA CIUDAD CATÓLICA

¿QUÉ ES LA REVOLUCIÓN?

"La *Revolución* es una doctrina que pretende *fundar la sociedad sobre la voluntad del hombre en lugar de fundarla sobre la voluntad de Dios*" [1]. "Ella se manifiesta por un sistema social, político y económico nacido del cerebro de los filósofos, sin cuidado de la tradición y caracterizado por la *negación de Dios sobre la sociedad pública. Esto es la Revolución, y es allí donde hay que atacarla*" [2].

"El resto no es nada, o más bien todo fluye de aquéllo, de esa rebelión orgullosa de donde salió el Estado moderno, el Estado que ha tomado el lugar de todo, que se ha hecho dios, y que nosotros rehusamos adorar.

La *contra-Revolución* es el principio contrario, es la doctrina que hace *reposar la sociedad sobre la ley Cristiana*" [1].

Secularizar la sociedad y el Estado, emancipar de toda influencia católica los órdenes de la vida, y, si fuera posible, arrancar la fe de todas las almas; *restaurar el imperio de Luzbel sobre la ruina del de Cristo,* tal es el fin de la *Revolución* cosmopolita, que tácita o expresamente, con franqueza o doblez, persiguen la escuela y partidos liberales (y marxistas), que son los instrumentos por los cuales se difunde y desarrolla en el mundo" [3].

"Llámese Racionalismo, Socialismo, *Revolución* o Liberalismo (o Comunismo, agregamos), será siempre, por su condición y esencia misma, la negación franca o artera, pero radical, de la fe cristiana, y en consecuencia *importa evitarlo con diligencia, como importa salvar las almas*" [4].

"Después de los tres primeros siglos, durante los cuales la Tierra rebosó de sangre de cristianos, se puede decir que jamás la Iglesia atravesó una crisis tan grave como aquella en que entró a fines del siglo XVIII.

"Bajo el efecto de la loca filosofía salida de la herejía de los novadores y de su traición; y por el desatino en masa de los espíritus, estalló la *Revolución*, cuya extensión fué tal que trastornó las bases cristianas de la sociedad, no sólo en Francia, sino poco a poco en todas las naciones". S. S. Benedicto XV (A. A. S., 7 de marzo de 1917).

Y esto es la Revolución: la gran rebelión que, incubada desde muy lejos, nace vigorosa en los últimos tiempos (siglo XVIII en adelante). La Revolución no es sólo el laicismo en las escuelas, ni la disolución en la familia, ni el odio a la autoridad civil, ni la persecución religiosa, ni el trastrueque del mundo del trabajo. Es todo eso; pero es algo más. Es el afirmar que tanto el orden social como el individual se han de establecer sobre los derechos del hombre y no sobre los derechos de Dios. ¿Sus etapas? *Renacimiento, Reforma, Revolución francesa, Comunismo.*

[1] Alberto de Mun, Discurso en la Cámara de Diputados de Francia, en noviembre de 1878. Fué de Mun economista, organizador del "Catolicismo social", varias veces diputado, propulsor de la legislación social francesa y académico (1841-1914).

[2] A. de Mun, del discurso a la Tercera Asamblea General de miembros del Círculo Católico, 22 de mayo de 1878.

[3] Vázquez de Mella, La persecución religiosa. Obras completas. T. V, p. 35. El autor (1861-1928), insigne apologista católico y elocuente orador, mereció ser llamado en España, su patria, "El verbo de la Tradición".

[4] Carta colectiva de los Ilmos. y Rvdmos. Prelados de la provincia eclesiástica de Burgos.

VERBO

ORGANO DE FORMACION DOCTRINARIA
de
LA CIUDAD CATOLICA

Noviembre 1961 — Año III, nº 30

ÍNDICE

Córdoba 679, esc. 710, Bs. Aires, Argentina - Teléf. 32-6343

Con las debidas licencias

Director: M. Roberto Gorostiaga

Precio del ejemplar: Rep. Argentina: $ 18.— m/n. Exterior 0,25 dólar
Suscripción anual: Argentina: $ 180.— m/n. Exterior 2,50 dólar
Suscripción extraordinaria: $ 1.000.— m/n. o 12.— dólares

Cheques y giros a la orden de LA CIUDAD CATOLICA
Córdoba 679, esc. 710, Buenos Aires, Argentina

TERCERA JORNADA DE LA CIUDAD CATÓLICA

Dos días de actividad y provecho intensos, tal la síntesis de la Tercera Jornada de **La Ciudad Católica.**

Delegaciones del interior, de Córdoba, Salta, Santa Fe, Rosario, Concordia, Viedma; los amigos, colaboradores de siempre de **La Ciudad Católica**; numerosos invitados de esta Capital; la figura de Jean Ousset, fundador de La Ciudad Católica Internacional, y de Plinio Correa de Oliveira, inspirador y jefe del movimiento "Catolicismo", de Brasil; delegaciones de Uruguay, formaron una concurrencia activa, llena de interés que contribuyó en buena parte al éxito de estos dos días.

Y ya podemos consignar el primer resultado positivo: demostrar que es posible en la práctica, la colaboración y el entendimiento de todos los sectores sociales, de todos los que en la vida del país desempeñan una función. Militares, dirigentes sindicales, obreros, profesores, representantes de la magistratura, médicos, industriales, empresarios, sacerdotes, en fructífero diálogo que no se perdió en generalidades, sino que conjugó la realidad y las verdaderas aspiraciones de cada sector a la luz de los principios fecundos de la doctrina social católica, dieron de ello acabado ejemplo.

La Misa del sábado fue celebrada por el R. P. Teodoro Scrosati, del Convento de La Merced, de Córdoba.

Después del desayuno, el Dr. Juan A. Casaubón, en brillante exposición y en una síntesis de profundidad y claridad poco comunes, enfocó el problema fundamental

del hombre: su fin y las dos grandes relaciones en que desenvuelve su vida: libertad y autoridad.

A "Trabajo y propiedad" se refirió el Dr. Héctor Llambías.

Por la tarde, luego de un almuerzo francamente cordial, el Ing. Roberto Pincemin disertó sobre "Los problemas del trabajo y la Doctrina Social de la Iglesia. Estabilidad y seguridad".

Posteriormente se hicieron debates por separado de los distintos temas expuestos.



Su Emcia. el Cardenal Caggiano desciende la escalinata del templo. A su derecha, Jean Ousset. Del lado opuesto, M. Roberto Gorostiaga



Con brillo y con profundidad, tal como es su obra, Jean Ousset explica, aclara, rebate, propone, enseña...

Ellos dieron la magnífica ocasión de comprobar —frente a la imposibilidad de comprensión, al choque y la confusión que crean la estructura y la mentalidad liberal, verificable día a día más cruentamente en la sociedad que vivimos— la unidad, la fuerza y la armonía que son fruto del recto orden, antítesis liberal.

El tema "¿Qué es **La Ciudad Católica**?" fue tratado por el Tte. Cnel. Juan F. Guevara.

Y después de la Bendición que impartió Fray Celestino de Buenos Aires O.F.M., Cap. Párroco del Sdo. Cora-



Pincemin, Correa de Oliveira, Ousset, Llambías, R. P. Renaudiére de Paulis O. P., Casaubón, etc., en las oraciones previas



Entre otros, Roberto Gorostiaga, Plinio Correa y Jean Ousset siguen atentamente el curso de las deliberaciones

zón, de Córdoba, el diálogo se entabló con el fundador de la Cité Catholique. Numerosos ejemplos de la acción en Francia, en Africa, en América y Europa crearon la firme convicción de la necesidad de promover una tarea cada vez más intensa en nuestro país.

El domingo 1 de octubre nos honró con su presencia Su Emcia. Rvma. Cardenal Antonio Caggiano, quien celebró la Misa y pronunció para nuestra enseñanza la homilía que reproducimos en otro lugar de este número.

Luego, y en su respectivo orden, se llevaron a cabo las siguientes disertaciones: "Organización de la economía. El papel del Estado", M. Roberto Gorostiaga; "Valor humano del trabajo. Salario", Carlos J. Caballero; "Qué es y qué no es **La Ciudad Católica**", Juan F. Guevara.

Antes de terminar la mañana, Plinio Correa de Oliveira se refirió al sentido teológico con que debe verse la historia, a cuya luz deben verse y juzgarse los acontecimientos humanos, como, por ejemplo, las Cruzadas. Destacó cómo el cristiano debe confiar esperanzado en el favor y en la mediación de Nuestra Sra. Reina del Universo. Por la tarde, señalando el cuadro de la Milagrosa que presidía nuestra reunión, relató la siguiente anécdota: Catalina Labouré, la vidente de la Rue du Bac, vio que en las manos de Nuestra Señora algunos anillos eran más apagados que los otros y de ellos no salían rayos. Requerida sobre esta diferencia, Ella respondió que eran las Gracias que quería dar y que no le eran pedidas...

Jean Ousset entabló nuevamente, para finalizar la Jornada, diálogo con los asistentes.

Realmente fue, para todos, una ampliación del panorama, de las posibilidades y del futuro de **La Ciudad Católica**: promover una fuerte corriente de ideas comunes que cree un consenso de opinión favorable y permita llegar a todos los ambientes con la verdadera doctrina, utilizando las relaciones naturales de vinculación humana, alejar del corazón del hombre las concepciones que lo ale-

jan de Dios y también, por ende, de su felicidad terrena, empapándolo de la inteligencia evangélica aplicada luminosamente por los Pontífices a los problemas políticos y sociales y expuesta en Encíclicas, Cartas y Documentos que, desgraciadamente, son aún letra muerta para buen número de católicos, y todo esto comenzando por construir **La Ciudad Católica** en el corazón de cada uno mediante la adhesión total a Cristo Rey y su Iglesia.

Un encuentro, pues, que puede ser punto de partida, Dios mediante, de grandes realizaciones.

Jean Ousset permaneció quince días más entre nosotros y en ese lapso asistió a muchas sesiones de afirmación, a menudo dos por día. También, invitado por la Secretaría de Aeronáutica, fue a Córdoba, donde dio una conferencia en la Escuela de Aviación. Finalmente, en largas y fructíferas charlas con el equipo de dirección argentino, se habló de la organización de la incipiente Ciudad Católica Internacional y de las grandes líneas de la marcha de la obra en el mundo y en nuestra patria.

En la presente edición de **Verbo** reproducimos la conferencia del Dr. Juan A. Casaubón y la del Ing. Roberto Pincemin. En la próxima entrega irán las del Ing. M. Roberto Gorostiaga y la del Dr. Carlos J. Caballero.

HOMILÍA

Homilía pronunciada por Su Emcia. Rvma. Cardenal Antonio Caggiano el domingo 1 de octubre, con motivo de la Tercera Jornada de "La Ciudad Católica".

En aquel tiempo hablaba Jesús a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos en parábolas, diciendo: En el reino de los cielos acontece lo que a cierto rey que celebró las bodas de su hijo y envió sus siervos a llamar a los invitados a las bodas, mas no quisieron acudir; envió de nuevo otros criados diciendo: Decid a los convidados: Mirad que ya he preparado mi banquete, mis toros y los animales cebados están ya muertos, todo está a punto, venid a las bodas. Mas ellos lo despreciaron y se fueron, el uno a su granja, y el otro a sus negocios y los demás se apoderaron de los siervos y después de haberles ultrajado los mataron. Enterado de ello el rey, se irritó y enviando sus ejércitos acabó con aquellos homicidas y puso fuego a la ciudad. Entonces dijo a sus siervos: Las bodas están preparadas mas los que han sido invitados no han sido dignos; id, pues, a la salida de los caminos y a cuantos hallareis convidadles a las bodas. Habiendo salido sus siervos a los caminos, reunieron cuantos hallaron, malos y buenos, y se llenaron las salas de convidados. Entró el rey para ver a los comensales y vio allí un hombre que no estaba con el traje nupcial y le dijo: "Amigo, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido de bodas?" Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a sus ministros: "Atadle de pies y manos, arrojadle fuera a las tinieblas,

allí será el llorar y el rechinar de dientes, porque muchos son los llamados y pocos los escogidos".

Muy estimados fieles de Nuestro Señor Jesucristo: Para comprender bien este Evangelio hay que recordar que es una parte de la predicación del Señor en el día martes de la última semana de su vida, lo que llamaríamos nosotros actualmente martes santo.

Después del Domingo de Ramos el Señor fue diariamente al templo. Los judíos buscaban una definición terminante de la misión de Jesús y El se la dio, pero como El quiso. En este mismo día martes el Señor respondió haciendo a su vez una pregunta. Les preguntó: "Yo también quiero deciros una cosa: ¿Qué pensáis vosotros de la predicación de Juan, era del cielo o de la tierra?" Y ellos en seguida, consultándose unos a otros, pensaron y dijeron: Si le decimos del cielo, nos dirá: ¿Por qué no hicisteis caso? Y si dijéramos de la tierra, el pueblo que ama a Juan y que oyó su mensaje nos apedreará. "No sabemos", le contestan, y el Señor a la pregunta de ellos que quería una respuesta directa les dijo: "Yo tampoco os voy a contestar lo que habéis preguntado vosotros". Pero les narró la parábola de la viña, en donde claramente les dio a entender que no aceptando Israel la predicación del Mesías, el Mesías la haría llegar a todos los pueblos de la tierra que no eran los que le esperaban, es decir, iría a los pueblos paganos.

El judío creía que el Mesías era exclusivamente para Israel y que su reinado —que en los Libros Santos no decía que era temporal— implicaba el reino de Israel imponiéndose a todo el mundo.

Y el Señor añadió después esta parábola que habría que entender así según los intérpretes: ¿Cuáles son estas bodas del rey en el casamiento de su hijo? Son las bodas del Hijo de Dios con la humanidad. El Hijo de Dios, como dice el Credo, desciende de los cielos y se encarnó por nosotros de María Virgen por obra del Espíritu Santo.



Su Emcia. Rev. Cardenal Antonio Caggiano dirige su palabra a los participantes de la Tercera Jornada. Palabras del Pastor a su rebaño

Estas son las bodas del hijo del rey y el rey es el Padre de los Cielos.

Es justo que Dios invite a estas bodas primero de todo y ante todo, al pueblo de Israel, de quien debía nacer y a cuya raza pertenecía el Mesías y que había recibido la promesa. La primera invitación al pueblo de Israel: "Venid a las bodas de mi Hijo". Ahí está Jesús entre ellos y anuncia el reino de Dios. Juan le anuncia como el Mesías y se abren los cielos y hay una manifestación trinitaria, el Padre y el Espíritu Santo que le da como seña a Juan descendiendo en forma de paloma sobre Jesús en el bautismo, que ése era el que él esperaba y que iba a enseñar al mundo como cordero de Dios que quita sus pecados. Y luego el Padre: "Este es mi hijo dilecto en quien tengo mis complacencias".

Bien, aquí está, pues, Jesús entre sus connacionales, en medio de su pueblo. El, desposado con la humanidad como uno de nosotros, trae el mensaje del Rey de los Cielos. ¿Qué harán ellos a la invitación de las bodas? En la parábola no quieren saber nada, no aceptan la invitación, pero el Padre de los Cielos todavía insiste: "Tengo todas las cosas preparadas ya, está preparado el banquete, venid, os invito". Y entonces los que fueron a invitar fueron maltratados y por fin fueron muertos. Y entonces, ¿qué hará el Rey de los Cielos? Envía la invitación fuera de Israel: "Salid fuera y en todos los caminos a los que encontréis invitadlos, sin distinción de razas, sin distinción de pobres, de ricos, de sabios, a todos invitadles", y entonces se llenaron los salones del banquete y el Rey quiso ver a sus invitados y encontró uno que no estaba con el vestido nupcial y ya sabéis lo que hizo.

Así, pues, el Señor con esta parábola respondía a los judíos. El Padre de los Cielos envió el Mesías y el Mesías está entre vosotros revestido con vuestra carne, con vuestra sangre, se presenta como uno, el Hijo del hombre por excelencia, el Hijo del hombre por excelencia

también del pueblo de Israel, y os ha invitado a que ingreséis en el Reino y que aceptéis el Evangelio, es decir, la buena nueva que El os trae del Cielo. Y es claro, la primera predicación, vosotros lo sabéis, instaba a los que vendrían después: maltrataron a sus apóstoles y por fin los mataron. Y entonces la invitación a estas nupcias, a ingresar al Reino, se hará fuera de Israel, a todo el mundo. Venía a ser lo mismo que había dicho en la parábola anterior. Ellos mataron, después de haberlo hecho con todos los criados y los enviados del dueño de la viña, mataron al hijo único. El Padre dijo: "¿Qué haré? Ya no me quedan criados. Enviaré al hijo único. Seguramente que cuando le vean le van a aceptar, no le van a injuriar y menos le van a herir como a los demás". Mas ellos le mataron y entonces Jesús les dijo: "Os aseguro que el enviado irá a los demás pueblos porque vosotros acabaréis con él". Era una profecía terrible que se iba a cumplir de inmediato porque le matarían el Viernes Santo. Así también esta parábola, que también se suele aplicar simbólicamente a la Eucaristía, tiene este significado preciso.

Y en cuanto a la veste nupcial o al vestido nupcial, ¿qué quiere decir? Que, por supuesto, los llamados al Reino de Dios no pueden entrar sin fe, pero no basta, porque la fe está destinada a las buenas obras. Cuando se ingresa al Reino, cuando se ingresa después de haber oído el llamado a la Iglesia no basta tener fe, deben corresponder las obras a la fe. La fe es el primer contacto que tenemos y vinculación con Jesucristo Nuestro Señor; nos vincula la Pasión de El y en principio la fe justifica, siempre que no se excluyan las buenas obras. Si se excluyeran teóricamente no es fe recta, porque se puede ser rectamente un creyente y luego no corresponder a la fe. Si se entra así sin el vestido nupcial de los propósitos de corresponder a la fe, entonces el Rey repite aquellas palabras: "¿Cómo estáis aquí sin el vestido nupcial? Tomadle, atadle las manos y llevadle a las tinieblas exte-

riores". Sí, no basta que entremos al Reino con fe, pero es absolutamente indispensable la fe, hay que creer en la palabra del enviado de Dios. A la verdad que tenemos que comenzar nosotros por recordar bien y tener bien presente:

La fe no es un sentimiento simple y puro, la fe es una adhesión del entendimiento, de la inteligencia, a un mensaje que Dios envía por medio de Cristo Jesús y que debe hacer que el hombre modifique su mentalidad, que deje de pensar puramente como hombre y de acuerdo a lo que el hombre piensa a veces de Dios y que no corresponde a su palabra que enseñó con su vida, con sus actos; según El debemos proceder, y vosotros conocéis ya toda la enseñanza cristiana; por lo tanto, el que es creyente, el que tiene fe, no puede excluir ninguna de las verdades enseñadas por Jesús y que en su nombre la Iglesia, como depositaria, nos ofrece permanentemente y las aplica a nuestra vida también.

El error tremendo de muchos católicos que yo no quiero calificar, pero que están ya calificados, es tomar de la Iglesia, de la verdad de la Iglesia, de la verdad del mensaje de Jesús, lo que les parece a ellos razonable. Esa es la palabra que usan. Ninguna cosa es irrazonable de lo que nos enseña Dios. Rechazan hasta las verdades más fundamentales y que llamamos dogmáticas, palabra que por otra parte para algunos es despreciable y que sin embargo significa que la palabra de Dios, que la verdad de Dios es inconmovible y que no cambia, como cambia de fases la luna, porque no puede ser.

Ellos están calificados. El error tremendo es ése, tomar lo que les parece razonable a ellos según su criterio humano y no tomar toda la palabra de Dios y tratar de realizarla. Y entonces tenemos cristianos que se dicen como el que más, y sin embargo no piensan con la Iglesia, lo cual no puede ser. Es una desgracia tremenda, una desgracia inmensa.

Hoy en las dificultades tan grandes con que nos en-

contramos y que vosotros, hombres católicos de La Ciudad Católica tratáis, con vuestra buena voluntad y con un grande amor al mensaje de Cristo, de esparcir, ahuyentando los errores para que reine la verdad; hoy es necesario absolutamente recordar las palabras de Jesús. El está puesto como piedra angular no solamente de la Iglesia, sino de nuestra civilización. Si se le rechaza, hay que recordar sus palabras, que El tomó de la Escritura, diciéndole a los judíos: "En este mismo día —es decir, en el Martes Santo—, ¿no recordáis la palabra de la Escritura que habla de la piedra angular del edificio que rechazaron los que estaban edificando la ciudad? Pues yo os digo que el que se estrellara contra esta piedra perecerá y aquel sobre el cual cayera esta piedra será desmenuzado completamente". Es la lucha de aquellos que se quieren enfrentar con Jesucristo y que quieren edificar sin El. Está destinada su edificación a la ruina.

Tengo que deciros una cosa. Por supuesto que la fe en Dios y en Jesucristo supone como fundamento, sin el cual no se podría creer, el conocimiento de la realidad de Dios en el orden racional, porque primero hay que creer que existe Dios y que Dios es remunerador y entonces que Dios me puede hablar y que Dios me puede trasmitir un mensaje. Y entonces frente a Jesús que habla y frente a Jesús que pone el sello de su divinidad con sus milagros, y en último término con la Resurrección y con la Ascensión, yo tengo confianza en su palabra y yo creo en el mensaje.

Pero en el orden racional yo debo ser y soy capaz de conocer la existencia de la realidad suprema porque por las cosas visibles que conocemos podemos llegar al conocimiento de lo invisible. Es absolutamente indispensable volver a reconstruir en el orden racional y frente a una humanidad que se ha olvidado, no solamente de Jesucristo, sino de Dios, esta confianza en la capacidad de la razón humana para conocer la existencia de Dios como remunerador. De Dios, que se ocupa de sus criaturas,

de Dios que me puede hablar, de Dios que me habló por medio de Cristo Jesús, del Padre de los Cielos que hizo el banquete para las nupcias de su Hijo con la humanidad.

Por eso pienso que hacéis un gran trabajo buscando también a los que no son cristianos, pero que son hombres que admiten la realidad suprema de Dios, pero no para quedaros solamente en el plano racional, sino para ascender después al plano sobrenatural y hacerles conocer después a Jesucristo.

Pero hoy el combate está colocado en la raíz misma de la fe. En el orden racional con la negación absoluta de todos los valores espirituales y por lo tanto también de Dios Creador, y hay que descender allí, porque allí está el enemigo, el enemigo que dice: "No podemos hablar de Jesucristo ni de revelación, porque no hay quién revele, no existe Dios. Existe solamente la materia". Quiero decir que yo como hombre y como hombre cristiano no puedo dejar de lado tampoco el orden racional y prescindir de todos los conocimientos racionales que Dios quiere que yo tenga, porque para eso me ha dado inteligencia.

Yo no podría con las fuerzas solamente naturales de la razón, conocer los misterios de Dios. Para eso se necesita el auxilio de Dios para hacer un acto de fe. Para entrar al orden sobrenatural la razón necesita una ayuda de Dios y que Dios es remunerador, y que Dios me puede hablar; quiere decir que hay una cultura no solamente de orden religioso, sino que hay una cultura de orden filosófico que nosotros debemos conocer, debemos adquirir para poder después sembrar esta semilla, como primera necesidad para levantar las almas después hasta Dios y hacerles conocer el mensaje de Cristo Nuestro Señor.

Pero nosotros, vosotros, hombres católicos, tenéis que estar persuadidos y a los que son católicos recordadles que sin Jesucristo toda edificación es completamente estéril y está condenada a la destrucción y a la ruina. Y es lo que ha pasado con naciones a las cuales ya juzgó Dios,

Nuestro Señor. Porque a veces miramos los acontecimientos con un poco de superficialidad. Y mirando muy lejos vemos la destrucción completa e íntegra de grandes imperios que se derrumbaron.

Pero ya hace poco tiempo, después de la última guerra, hemos visto cómo se han derrumbado también algunos imperios, algunos reinos. No es menester que yo haga recuerdos concretos. Pidamos a Nuestro Señor que nos conceda la gracia inmensa de poder colaborar con El, yo con la Iglesia, vosotros con la Iglesia también, para evitar que venga sobre nosotros esa ruina que por haber dejado de lado a Jesucristo y a Dios mismo estamos mereciendo.

Recuerdo un tiempo en que era difícil encontrar un gobernante que invocara a Dios. Afortunadamente han cambiado las cosas en parte, pero no es general tampoco eso. Y los que invocan a Dios, ¿responden a esa ambición de la realidad de Dios?

Pero en fin, han mejorado las cosas. Pero nuestros niños, nuestros jóvenes, necesitan estar en un ambiente en que naturalmente el alma, aun fuera del cristianismo, reconociendo a Dios como fuente de toda razón y justicia, invoca a Dios y obedece la ley natural de la conciencia.

Y en cuanto a los hombres católicos y a las almas cristianas, debemos exigirles una absoluta confianza en Jesucristo Nuestro Señor y en su Iglesia, porque no se puede separar a la Iglesia Católica de Jesucristo Nuestro Señor. La Iglesia Católica, al final de cuentas, es Jesucristo mismo que continúa actuando, es su cuerpo místico cuya cabeza es El mismo. Pero es El, El plenario, El con todos, los redimidos que están unidos a El por la fe, por la esperanza y por la caridad.

Que el Señor os conceda la gracia de sentir permanentemente la satisfacción de estar sembrando la buena semilla, la buena semilla en el orden natural y racional, y la buena semilla que vosotros podéis tomar, con vuestras manos, llenando el hueco de vuestras manos. De la semilla de la verdad revelada por Cristo Jesús, para es-

parcirla por todos los surcos de tantas almas que desean, que esperan el mensaje.

Y tengo que deciros en este tiempo muchas veces: la semilla derramada por el sacerdote parece que no encuentra eco. El es —parece a algunos— un interesado en predicar lo que predica. Pero la semilla derramada por vosotros, cordialmente, en ambientes a los cuales nosotros muchas veces no podemos llegar ni tenemos acceso, derramada por vosotros en el corazón de vuestros compañeros de trabajo, de vuestros amigos, de gente que os oye y que os respeta, produce un efecto que nosotros no podríamos sospechar.

La Iglesia os pide esa colaboración y la Iglesia, por mi intermedio, bendice vuestra colaboración para que sea eficaz en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

AUTORIDAD Y LIBERTAD

I. Introducción

En esta Jornada de La Ciudad Católica, dedicada al estudio de los problemas del trabajo a la luz de la doctrina de la Iglesia y de sus grandes doctores, debemos, por honroso encargo, exponer, como tema preliminar y genérico, ciertas consideraciones esenciales acerca de la libertad y la autoridad.

II. Dos concepciones opuestas de la libertad y de la autoridad

Existen hoy, y se hallan en lucha, dos grandes concepciones de la libertad: la católica y la revolucionaria. Esto es, la de la Iglesia, que utiliza también los aportes de la recta filosofía tradicional; y la de la Revolución moderna anticristiana, cuyas etapas, como es sabido, son Renacimiento, Reforma, Racionalismo, Revolución "Francesa", Liberalismo, Socialismo y Comunismo.

A la recta concepción de la libertad podemos ejemplificarla con aquellas palabras de Nuestro Señor Jesucristo: **"La verdad os hará libres"** (Ev. s. S. Juan, 8-32); a la revolucionaria, con la proposición inversa: **"La libertad os hará verdaderos"**. A esas opuestas concepciones de la libertad corresponden, lógicamente, dos opuestas concepciones de la autoridad: para la primera, la autoridad

no es sino el brillo, difusión e imperio de la verdad; la cual verdad, siendo en su fundamento primero, Dios —el cual, como dijo San Juan, es Caridad—, es, al mismo tiempo, brillo, difusión e imperio de la Caridad, del Amor sobrenatural de Dios, Bien subsistente y difusivo de suyo; para la segunda, la autoridad no podrá ser otra cosa que la misma libertad, o un reflejo y engendro de la libertad. En efecto, si es la libertad la que nos hace verdaderos —en lo especulativo, engendrando la verdad teórica; en lo ético, engendrando la verdad moral, esto es, la bondad, y ello en lo individual y en lo social—, la autoridad, que, como dijimos, es brillo, difusión e imperio de la verdad, no podrá ser en esa hipótesis más que libertad ella misma: emanación de la pura libertad, y destinada solamente a garantirla, defenderla y promoverla, sin sometimiento a verdad trascendente alguna destinada a regular esa libertad. De esta situación paradójica: identificación de la libertad humana y de la raíz de la autoridad, nacerán las más profundas contradicciones y aporías de la sociedad moderna, que terminarán en la autodestrucción de esa "Libertad" absolutizada y rebelde.

III. **Los dos amores y las dos ciudades**

De las antedichas dos actitudes espirituales nacen la sociedad católica, y, respectivamente, la revolucionaria. La libertad es cualidad de la voluntad, es su dominio sobre la atracción de los bienes finitos o finitamente conocidos; mas la voluntad se determina siempre en función de algún bien; la volición de un bien es amor. Pero por eso dijo San Agustín: "Dos amores hicieron dos ciudades: a la terrena, el amor de sí hasta el desprecio de Dios, a la celestial, en cambio, el amor de Dios hasta el desprecio de sí" (**De civ. Dei**, XIV, 17). Pero ya lo había dicho Jesucristo, Nuestro Señor: "Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome a cuestas su cruz



Dr. Juan A. Casaubón

y sígame. Pues quien quisiere poner a salvo su vida la perderá; mas quien perdiere su vida, por causa de Mí, la hallará" (Evang. s. S. Mateo, 16, 24, 25).

Por eso S. S. León XIII, en su incíclica "Humanum Genus" contra la masonería —documento demasiado olvidado, ¡ay!, por los católicos modernos—, expresó: "El género humano, después de apartarse miserablemente de Dios, creador y dador de los bienes celestiales, **por envidia del demonio,** quedó dividido en dos campos contrarios, de los cuales el uno combate sin descanso por la verdad y la virtud y el otro lucha por cuanto es contrario a la virtud y a la verdad. El primer campo es el reino de

Dios en la tierra, es decir, la Iglesia verdadera de Jesucristo. Los que quieran adherirse a éste de corazón y como conviene para su salvación, necesitan entregarse al servicio de Dios y de su unigénito Hijo con todo su entendimiento y toda su voluntad. El otro campo es el reino de Satanás. Bajo su jurisdicción y poder se encuentran todos los que, siguiendo los funestos ejemplos de su caudillo y de nuestros primeros padres, se niegan a obedecer a la ley divina y eterna y emprenden multitud de obras prescindiendo de Dios o combatiendo contra Dios" (Doctrina Pontificia, II, Documentos Políticos, Madrid, B.A.C., 1958, pág. 158).

IV. La libertad y la autoridad en el hombre y la sociedad según Dios

Sabido es que en el pasaje de San Agustín que hemos citado, y al cual se refiere inmediatamente S. S. León XIII para fundar el párrafo de la "Humanum Genus" que acabamos de transcribir, la expresión "Ciudad de Dios" no significa pura y simplemente a la Iglesia, sino más bien lo que podríamos llamar, precisamente, "la ciudad católica", esto es, en explicación del P. Meinvielle, una sociedad humana que "implica una acción informativa de la Iglesia misma sobre la vida de los pueblos, sobre su misma vida temporal... Una vida de familia, del trabajo, de la cultura, de la política, al servicio de Cristo" (**El comunismo en la revolución anticristiana**, ed. Theoria, Bs. Aires, 1961, pág. 18). Asimismo, y correlativamente, la ciudad terrena en la expresión agustiniana no es precisamente el Estado, ni mucho menos la sociedad civil, sino toda agrupación de hombres que no ponen como último fin de su vida a Dios tal como éste se ha revelado y quiere ser amado y servido.

Pues bien: analicemos entonces, primero, la situación ontológica y ética del hombre según Dios, y luego la de

la sociedad correspondiente, para pasar después a examinar ambos aspectos en el hombre y sociedad "terrenos", en rebelión contra Dios y su Ley; y todo ello desde el especial punto de vista relativo a la libertad y a la autoridad.

El hombre es un paradójico ser que no sólo está en el mundo, al modo de guijarro o de una planta, sino que tiene, en cierto modo, también, al mundo en él. En efecto, el hombre, por su cuerpo es una parte infinitesimal del mundo físico; pero por su alma en cierto modo lo contiene, porque lo conoce: llega al aspecto del "mundo", de "universo", lo posee espiritualmente al conocerlo y amarlo y, al aprehenderlo como un todo, por ello mismo lo supera y conoce a su Causa, Dios. Por eso decía Aristóteles que "el alma es en cierto modo todas las cosas" (De anima., LIII, CVIII, 431, b. 20), y Santo Tomás que ella "es más continente (del cuerpo) que contenida en él", "magis continens quam contenta". A partir de este hecho fenomenológico, ciertos hombres y corrientes sólo ven el primer aspecto —el del hombre, pequeña parte del mundo físico—, y dan origen a la actitud **materialista**; otros, en cambio, ven sólo el segundo aspecto —el del conocimiento como continente del mundo—, y engendran la actitud **idealista**; la Iglesia, apoyada en la sólida filosofía de Aristóteles y de Santo Tomás, ve ambos aspectos y los integra armoniosamente y no olvida que esa alma que, por el conocimiento, "en cierto modo" abarca al mundo, no deja, por un lado, de estar sustancialmente unida a un cuerpo, ni, por otro, de estar a su vez contenida en el universo total y en su bien común, que es integrado también, como por sus partes, por los distintos espíritus creados.

El hombre, así, es la culminación del mundo físico; aquel punto en que éste se abre a lo espiritual y adquiere por ello conciencia de sí; el límite u horizonte entre lo material y lo espiritual, entre lo temporal y lo supratemporal. Por debajo de él, en escala ascendente hacia él (en este sentido, no hay distinción esencial entre adop-

tar una jerarquía estática o una evolución dinámica como explicación de esa escala indudable), se hallan, primero, los entes sin vida; después, los dotados de vida, pero no de conocimiento, esto es, los vegetales; por último, los dotados de vida y de conocimiento y de tendencia que al conocimiento sigue, pero sólo sensibles, sólo abiertos y atraídos por la circunstancia material inmediata; los animales irracionales. El hombre, pequeño mundo (**microcosmos**), reúne en sí el ser físico del mineral, la vida vegetativa de la planta, el conocimiento y apetición sensibles del animal, y les añade la razón y la voluntad libre, participantes en él de lo espiritual, reflejo en él de Dios, a cuya "imagen y semejanza" (Génesis, 1, 26, 27) está hecho. Dada esta participación en él de inteligencia bajo forma de razón y de voluntad libre, el hombre tiene la característica de que puede y debe guiarse en su vida, no mera ni principalmente por sus impulsos físico-biológicos subjetivos, sino por la **verdad y bondad objetivas**, aprehendidas por su razón y queridas por su voluntad libre. Así, por esa potencia, que tiene, de captación de lo otro en su otredad misma y en toda su universalidad, esto es, por su inteligencia, el hombre puede conocer la verdad objetiva acerca del mundo, de sí mismo, de la socialidad y sociedad humanas y de la esencial dependencia de todo ello respecto de su Primera Causa, Sumo Ejemplar y Ultimo Fin: Dios. Y, por ello mismo, tiene la capacidad de guiarse a sí mismo en su vida, siguiendo, no desordenadamente sus impulsos ciegos y subjetivos, sino la norma que le traza la verdad objetiva del mundo, de sí mismo, de la sociedad y de Dios. Lo que la inteligencia conoce como ser y como verdad, la voluntad, lo ama como bien; por lo tanto, si el principio primero de la inteligencia especulativa del hombre es la primera ley constitutiva del ser, en cuanto tal, esto es, el principio de no-contradicción ("un ente no puede ser y no ser simultáneamente y bajo la misma relación"), el primer principio de su razón práctica, esto es, guiadora de la acción en síntesis con la

voluntad, será el de que "el bien debe hacerse y el mal evitarse". Pero este principio, así conocido, es todavía por demás indeterminado; debe particularizarse, concretarse; ello se logra del modo que indica Santo Tomás: "Puesto que el bien tiene razón de fin, y el mal de lo contrario, por ello es que la razón naturalmente aprehende como bueno y como debiendo ser realizado en las obras todo aquello respecto de lo cual el hombre tiene una inclinación natural; y a lo contrario lo capta como malo y vitando. Por tanto, el orden de los preceptos de la ley natural sigue el orden de las inclinaciones naturales. Existe primeramente en el hombre una inclinación al bien según la naturaleza en que coincide con todas las substancias: en cuanto, a saber, toda substancia tiende a la conservación de su ser según su propia naturaleza. Y según esta inclinación, pertenece a la ley natural todo aquello por lo cual se conserva la vida del hombre, y se impide lo contrario. En segundo lugar, existe en el hombre una inclinación a algunas cosas más especiales, según la naturaleza en la que comunica con los demás animales. Y según esto, se dice ser de ley natural **lo que la naturaleza enseñó a todos los animales**, como la unión del macho y la hembra, la educación de los hijos, y semejantes. En tercer lugar, existe en el hombre una inclinación al bien según la inclinación de la naturaleza racional, que le es propia: y así el hombre tiene inclinación natural a conocer la verdad respecto de Dios, y a vivir en sociedad. Y según esto, pertenece a la ley natural lo que atañe a tal inclinación: como ser el que el hombre evite la ignorancia, que no ofenda a los demás con quienes debe convivir, y otras cuestiones semejantes que a esto se refieren" (S. Theol., I-II, 94, 2 c.).

Nótese que, aunque la determinación de qué sea bien y qué mal se logra por la consideración de las inclinaciones del hombre, esto no contradice a lo que afirmábamos sobre que el hombre debe guiarse por la verdad y bien objetivos y no por las meras inclinaciones que de su sub-

jetividad brotaban porque: 1º) aquella determinación se hace por medio de la razón que capta objetivamente cuáles son esas tendencias esenciales y las ordena jerárquicamente, sometiendo las vitales a las sensibles, y éstas a las racionales; 2º) porque por encima de las inclinaciones infrarracionales está la tendencia racional, esto es, la voluntad libre en cuanto iluminada por la razón y por su objetiva captación de la verdad y del bien.

Por eso dice S. S. León XIII en su indispensable encíclica "Libertas": "...los seres que gozan de libertad tienen la facultad de obrar o no obrar, de actuar de esta manera o de aquella manera porque la elección del objeto de su volición es posterior al juicio de su razón... Este juicio establece no sólo lo que es bueno o lo que es malo por naturaleza, sino además lo que es bueno, y por consiguiente debe hacerse, y lo que es malo, y por consiguiente debe evitarse. Es decir, la razón prescribe a la voluntad lo que debe buscar y lo que debe evitar para que el hombre pueda algún día alcanzar su último fin, el cual debe dirigir todas sus acciones. Y precisamente esta **ordenación de la razón** es lo que se llama ley. Por lo cual la justificación de la necesidad de la ley para el hombre ha de buscarse primera y radicalmente en la misma libertad, es decir, en la necesidad de que la voluntad humana no se aparte de la recta razón" (**Libertas praestantissimum,** 6: **Doctrina Pontifici,** II, **Documentos Políticos,** ed. cit., pág. 231).

Vemos, pues, que en este orden moral individual natural no hemos hablado aún de lo sobrenatural. La libertad sólo es verdaderamente tal cuando, iluminada y conducida por la razón recta, se ejerce de acuerdo con la verdad, con el real y objetivo orden y último fin del universo y del hombre. Por tanto, si la autoridad es el brillo, difusión e imperio de la verdad (que ante la voluntad es bien), la libertad es la capacidad humana de actuar conforme a la verdad y al bien, esto es, al ser; y la ley, no otra cosa que el reflejo y participación de esa luz impe-

riosa del ser y de la verdad como bien, y fin en la razón práctica humana, ordenadora de la libertad.

La verdadera libertad, pues, no se logra en la rebelión ni en la soberbia autonomía; se alcanza en la entrega al ser y a su brillo y a su imperio (que es la autoridad) y, en último término, al Sumo Ser y a la Suma Autoridad: Dios. El dicho de la Virgen Ntra. Señora: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Ev. S. S. Lucas, 1, 38), es, pues, la suma manifestación de la libertad. Nuevamente: "La verdad os hará libres"; "servir al Señor es reinar". Pero el hombre no es un ente aislado; es necesariamente social, un **zoon politikon,** un animal político, al decir de Aristóteles. Es necesariamente social a causa de su indigencia material y espiritual; necesita de los otros para subsistir y desarrollarse física y psíquica y moralmente. La amistad, la comunicación de los propios bienes a otros, la expansión de la persona —en que algunos personalistas querrían ver la raíz más profunda de lo social—, son motores importantes, pero segundos, de la humana socialidad; el hombre es social, ante todo, por su indigencia corporal y espiritual; pero la plenitud de la socialidad no se halla en ello —aunque lo presupone—, ni tampoco en una "expansión" de la persona, como algo buscado por sí mismo, sino en la participación en los supremos bienes comunes, que precisamente por serlo son también los mejores bienes personales: su participación en el conocimiento y amor de la verdad y del bien, objetivos y comunes. En último término, Dios es el supremo bien común.

De esa socialidad esencial del hombre nacen la familia, la aldea, la ciudad, los gremios, la provincia o región, la sociedad civil por fin, que en cuanto regida por una autoridad, se hace sociedad política. Y así como, en cada hombre individual, los apetitos sensibles y la misma voluntad debían someterse al dictamen de la razón que expresaba la ley vista en las propias tendencias del hombre y en su jerarquía —que reproducían la jerarquía cósmi-

ca—, así las sociedades, por su propia esencia y de ningún modo por delegación de sus componentes, exigen la existencia de una autoridad unificadora y rectora. Porque así como **por esencia** un ejército exige jefes y oficiales y no por delegación voluntaria y contingente de los soldados —y tanto es ello así que el propio comunista Mao-Tsé-Tung ha tenido que criticar las ideas "hiperdemocráticas" en cuanto a la constitución de los ejércitos revolucionarios comunistas—; así, **mutatis mutandis**, cada sociedad, por esencia, exige una autoridad que deriva su derecho a ser tal, esto es, a mandar a otros, de esa esencia y finalidad misma de las cosas, que es manifestación de la divina sabiduría y voluntad. Otro problema es el del modo de la **designación**, de la persona o personas que han de ejercer la autoridad, y el del **número** de éstas: pero ello —y en ese aspecto sí suele ser conveniente que los gobernados tengan cierta participación— no debe ser confundido con una **dación** de autoridad o soberanía a esos gobernantes: de una autoridad y soberanía que residirían antes en el pueblo. No: la autoridad deriva inmediatamente de la esencia misma del hombre y de la esencia misma de las sociedades; en último término del autor de ambos, Dios.

Desgraciadamente, ciertas escuelas católicas, dejándose llevar por la imaginación, concibieron a la autoridad como una especie de "cosa" —algo así como una manzana o una moneda o un "vale"— que Dios daba primero a la multitud, y ésta después entregaba a tal o cual gobernante; el P. Meinvielle, en su "**Concepción católica de la política**" (3ª edic., edit. Theoria, Bs. As., 1961, pág. 62), ha criticado bien esto, haciendo ver allí cómo la engañosa imaginación sustituye a la inteligencia. Ocurrió luego que, avanzando el proceso de la Revolución Antropocéntrica, y descartado Dios, la autoridad vino a ser vista como una propiedad originaria del hombre —pura libertad— que la delegaba o entregaba o enajenaba a una autoridad, emanada, así, de él mismo: doctrina roussoniana de la "vo-

luntad general"; doctrina democratista de la "soberanía del pueblo" como **origen radical y único** de la autoridad, que son doctrinas virtualmente antropoteístas o ateas. Pero dejemos esto para después. Hemos expuesto las relaciones de autoridad y libertad en el orden puramente natural —que nunca ha existido en tal pureza aislada, pues el hombre, de hecho, o ha vivido en estado de caída, o en uno de redención y elevación a lo sobrenatural—, y ello en lo individual y en lo social. Nos toca ahora ver esas mismas relaciones en el plano sobrenatural al que el hombre ha sido elevado por divina misericordia.

Decíamos al respecto en un trabajo publicado en la revista "Sapientia": "Pero de hecho, el hombre ha sido elevado por Dios a un orden **sobrenatural.** A la vida sensitiva y a la intelectual Dios ha agregado, ofreciéndosela al hombre, una **vida divina**: ha hecho posible al hombre participar de la **propia vida interna de Dios, trinitaria.** El medio de comunicación es Cristo, Dios y hombre a la vez, y la Iglesia es «Cristo propagado y comunicado» (Bossuet): el medio por el cual la vida divino-humana. dada en Cristo, se comunica a otros hombres para hacerlos «otros Cristos», hijos de Dios por adopción real intrínseca.

"La Iglesia, pues, es la **sociedad sobrenatural,** en cuyo seno se da la **vida sobrenatural** del hombre; ella lo conduce a su último fin sobrenatural, **la visión de Dios** «cara a cara». En el orden natural el hombre sólo podría conocer a Dios desde el mundo y desde su propio yo, como causa de ambos, pero sin captarlo **directamente;** esto último sólo le es posible por **deificación** intrínseca, mediante la gracia santificante, que es participación en nosotros de lo divino. De allí que en el «**orden cristiano**» haya dos sociedades perfectas. La sociedad política, que tiene por fin lograr el bien común temporal del hombre; y la **Iglesia,** que lo tiene en lograr su bien común sobrenatural. Ambas son soberanas en su esfera; pero como el **fin intermedio** debe subordinarse al **fin último,** y la

vida temporal es donde se gana o pierde la eterna, el Estado debe dejarse guiar por la Iglesia en todo lo que pueda favorecer o perjudicar esa consecución de la vida eterna, esto es, en las materias «llamadas mixtas» (Cfr. Encíclica "Inmortale Dei", de S. S. León XIII, ver Doctrina Pontificia, Documentos Políticos, B.A.C., Madrid, 1958, págs. 186 ss.).

"He aquí, pues, el **orden cristiano**: en lo individual, todo el orden moral natural, ya descripto, es sobreelevado y penetrado por, y sometido a la vida divina injertada en el hombre (gracia santificante); en lo **político**, toda la vida social es penetrada por la influencia de la Iglesia, en todo aquello que tenga importancia para la vida eterna" ("Sapientia", nº 60, Bs. As., 1961, 114/5).

Hemos expuesto así la totalidad del orden: individual y social, natural y sobrenatural. **La libertad sólo obra de acuerdo con su esencia cuando** se **somete a la verdad, al bien**; el último fin de la autoridad no es sino el imperio de esa verdad y de ese bien, que deriva desde Dios a través de sus representantes exigidos por la esencia misma de las sociedades naturales, necesarias o libres, y de la sociedad sobrenatural, la Iglesia. Pero, por lo mismo, esa autoridad no es una "cadena" para la libertad: está adaptada a la misma es**encia de la voluntad humana**, porque ésta es apetito racional, y la razón es visión humana del orden del ser, en el que la autoridad se funda. Y el ser es, en último término, amor: **Deus charitas est.** Por el contrario, es la libertad rebelde la que va en contra de la esencia y dignidad de la voluntad humana, por lo que termina por autonegarse y autodestruirse. Eso es lo que en seguida veremos al estudiar al hombre y la sociedad en la Revolución Moderna. Pero antes terminemos este parágrafo con una cita de "Le Travail" de la Cité Catholique: "LA LIBERTE EST LA CONDITION DE L'AMOUR. ET L'AMOUR EST LA SEULE RAISON D'ETRE DE NOTRE LIBERTE", pág. 13. Digamos solamente que la autoridad también es amor, porque es par-

ticipación de lo superior sobre lo inferior, desbordamiento del bien, para llevar a lo inferior, a su cumplimiento, ascenso y verdadero fin. Por tanto, tanto en la cosmovisión católica como en la revolucionaria la raíz última de la autoridad y de la libertad es única; pero en la católica esa unitaria raíz es Dios, Amor Subsistente, libremente difusivo y misericordioso; en la revolucionaria comienza por serlo la libertad humana, falible y desviable, que así puesta como absoluta y sin ley, se autodestruye, y termina por serlo la materia ciega, en su dialéctico y fatal devenir, de la cual el hombre sería sólo un accidente y epifenómeno.

V. La libertad y la autoridad en el hombre y en la sociedad según la Revolución

Cristo dijo "non pro mundo rogo", "no ruego por el mundo", y afirmó sin ambages que Satán era el "Príncipe de este mundo". El término mundo en tales expresiones no significa pura y simplemente el cosmos, obra divina, sino el conjunto de hombres que viven en el pecado, cerrados a la divina luz, practicando la prudencia de la carne, se extiende por tanto a las sociedades no organizadas según Dios; pero incluso al cosmos físico mismo, en cuanto que el pecado del hombre —ya que éste no es mera parte física del mundo, sino que a su vez lo contiene por el conocimiento y el amor, sacándolo de su noche inconsciente— fue al mismo tiempo una catástrofe cósmica, no probablemente en el sentido físico de la palabra, sino en el de que "todas las cosas fueron sujetas a la vanidad" (San Pablo) al apartarse de Dios el hombre, razón de ser y sentido del cosmos físico.

Si ésa es, por tanto, la situación del "mundo", es evidente que existirá necesariamente una tensión dialéctica entre la gracia y la naturaleza empecatada dentro de cada hombre; y entre las sociedades humanas y la

Iglesia, así como existió entre Cristo por un lado y fariseos, saduceos, herodianos, romanos y vulgo seducido por el otro. La historia como dialéctica, que transforma en absoluto divinizado el hegelismo y el marxismo —el proceso del odio, la "fecundidad" del odio— es, en realidad, como lo ha visto De Kouinek, el resultado del pecado original y de los demás pecados en la historia.

Dicha tensión dialéctica, dentro de cada hombre y entre la sociedad y la Iglesia, puede manifestarse o resolverse (esto, con cierta precariedad) de diversas maneras; puede el mundo, presa de Satanás bajo la forma baja de lo demoníaco, cerrarse a las enseñanzas de Cristo y promover la persecución contra los cristianos y la Iglesia, y encender la lucha dentro de cada hombre: éste es el tipo de relación dada en el mundo pagano ante la predicación de la Buena Nueva, y el que se da aún hoy en los países primitivos cuando entran los misioneros; lo demoníaco —idolatría, magia, crueldad, sexualidad hecha rito y sacrificio— se opone a Cristo por la persecución y el martirio, aunque asistemáticos. Cuando la luz de Cristo ha logrado ya vencer el espinazo de esa oposición primitiva, el "mundo" y su "príncipe" tratan de confiscar en pro de sí a la Iglesia misma, poniéndola al servicio de sus pecaminosos intereses: feudalización de la Iglesia, césaropapismo, regalismo, catolicismo "ilustrado" del siglo XVIII, modernismo, progresismo. Cuando la Iglesia logra vencer también a ese intento de confiscación insidiosa, entonces ella consigue establecer, más o menos satisfactoriamente, una civilización cristiana, una cultura católica, una "ciudad católica". De ella ha dicho S. S. León XIII: "Hubo un tiempo en que la filosofía del evangelio gobernaba los Estados. En aquella época la eficacia propia de la sabiduría cristiana y su virtud divina habían penetrado en las leyes, en las instituciones, en la moral de los pueblos, infiltrándose en todas las clases y relaciones de la sociedad. La religión fundada por Jesucristo se veía colocada firmemente en el grado de honor que le corresponde y

florecía en todas las partes gracias a la adhesión benévola de los gobernantes y a la tutela legítima de los magistrados. El sacerdocio y el Imperio vivían unidos en mutua concordia y amistoso consorcio de voluntades" (**Immortale Dei**, 9, **Doctrina Pontificia**, II, **Documentos Políticos**, ed. cit., pág. 202). Por tanto, según doctrina papal explícitamente refirmada por San Pío X en su documento contra el Sillon, existió una verdadera ciudad católica, un verdadero orden cristiano, que, como dice el mismo San Pío X, "ha existido; existe: es la civilización cristiana. Es la ciudad católica. No se trata más que de instaurarla y restaurarla sin cesar sobre los fundamentos naturales y divinos de los ataques siempre nuevos de la utopía moderna, de la Revolución y de la impiedad: **Omnia instaurare in Christo**" (Notre charge apostolique, 11; op. cit., pág. 408). Finalmente, debilitada esta sociedad por distintos factores internos y externos, las fuerzas anticristianas, que habían tenido que permanecer escondidas o disimuladas durante esa época, levantaron cabeza, cobraron progresiva audacia, se infiltraron por doquier, y comenzaron su labor destructiva paulatina de ese orden: se engendró así otra situación dialéctica entre catolicismo y "mundo": la post-cristiana y apostática, ya no demoníaca principalmente —aunque lo demoníaco está en ella presente e instrumentado—, sino luciferina. Lo demoníaco es lo satánico que se apodera de las potencias infrarracionales del hombre; lo luciferino es lo satánico que se apodera de la voluntad espiritual del hombre y mueve a su razón a la negación de todo lo trascendente, a la construcción de un nuevo mundo revolucionario, y, en último término, la lleva a su autodestrucción y esclavización a las fuerzas de la materia y del propio Lúcifer aparentemente desencadenado.

Tenemos, pues, que referirnos a esta empresa post-cristiana, de inspiración luciferina, esto es, que reactualiza el "non serviam" y el "eritis sicut dii". En tanto en cuanto esta empresa utiliza como motores humanos a la

voluntad y a la razón, no cabe duda de que logra grandes progresos en las esferas científico-técnicas; pero, en tanto en cuanto esa voluntad y esa razón están afectadas allí de un **espíritu de negación,** esos logros se corrompen, extralimitan y ponen al servicio de una revolución de la negación permanente y cada vez más grave, desvirtuándose. Frente a la táctica de esa Revolución, que pretende **unir indisoluble** y **necesariamente esas conquistas con el espíritu de negación que las parasita,** nosotros, los cristianos, debemos mostrar que esa vinculación fáctica, histórica, **no es una vinculación necesaria**; que cabe guardar lo legítimo de las ciencias positivas y de las técnicas desechando empero el espíritu prometeico, luciferino, fáustico que las penetra como un cáncer. Empero —para no hacerse ilusiones— cabe señalar dos cosas: primero, que esas ciencias y esas técnicas están de tal modo copadas por las fuerzas de la revolución anticristiana que esa disociación no será fácil, sobre todo si se considera cómo tales fuerzas, por esos medios, han conformado la mente del hombre contemporáneo como ciega para lo sacro y lo metafísico; segundo, que aunque la ciencia y la técnica no son malas en sí, sí lo son el ciencismo y la tecnolatría y tecnocracia, los cuales son extralimitaciones monstruosas de algo lícito, nacidas de aplicar la capacidad intencional de infinito de la razón y voluntad humanas —hecha para Dios— a la transformación prometeica del cosmos, del hombre y de la sociedad, esto es, a la infinita transformación de lo finito.

En esa empresa luciferina de negación se va por etapas. En el ocaso de la Edad Media se advierten tensiones dialécticas en todas las esferas, resultado de una solidificación excesiva de la ciudad católica, que, por demasiado encarnada en lo existente, no pudo asumir los problemas y desarrollos nuevos, y, por otro lado, efecto de un aprovechamiento de esa situación por las ocultas fuerzas del anticristianismo, aparentemente dormidas durante la época cristiana, pero en realidad al acecho. En

lo teológico-místico, si por un lado un Mister Eckhart cae en un cuasi panteísmo, por otro lado la reacción anti-misítica, asceticista, engendra un cristianismo por demás negativo y sombrío, centrado en la nada del hombre y en la muerte, sin contrabalancear esas verdades por las de la deificación del hombre, que ya comienza, por la gracia, a operarse en esta vida y no sólo es dada en la otra como un premio extrínseco y casi antropomórfico: en lo teológico-especulativo y en lo filosófico, si por un lado el racionalismo averroísta deifica en cierto modo al intelecto humano, absorbiendo o negando la sobrenaturalidad de lo revelado, por otro el nominalismo occamista quita valor a la razón para la metafísica y la teología especulativas; en el campo de las disciplinas científico-técnicas, la escolástica aristotélica, olvidados textos esenciales y esbozos geniales de Aristóteles y de Santo Tomás, no acierta a integrar los nuevos descubrimientos en su cosmovisión, mientras que la escolástica platónica y la nominalista, por el matematismo de la primera y el empirismo de la segunda, engendran las bases de la nueva físico-matemática, que luego Galileo y Descartes desarrollarán con un espíritu unilateral y negador; en lo político, por un lado surge el regalismo de los reyes, en lucha contra el Imperio de la Iglesia, o el del Imperio mismo, en contra de la Iglesia; por otra, el movimiento comunal, extralimitándose a veces, y perdiendo de vista la superioridad de los valores sacrales y nobles sobre los propios de su estamento, favorecerá el advenimiento de una monarquía absoluta precursora del estatismo liberal y luego socialista, o se orientará hacia formas democráticas, no acertando a adaptarse a la nueva vida económica, mientras que por otro lado esta vida tenderá a emanciparse de la regla teológico-ética y de las organizaciones profesionales para, tras un apetito inmoderado de ganancia, engendrar en las manufacturas y en el desalojo de campesinos los primeros esbozos de la futura dialéctica de capitalistas y proletarios.

Esa situación virtualmente dialéctica en todos los planos de la antigua cristiandad fue la aprovechada por la aún más antigua serpiente, la serpiente dialéctica precisamente; la del odio y la negación; y ante su nuevo "seréis como dioses" la humanidad se lanzó por el camino de la **hybris**, de la desmesura soberbia, cuya **némesis** o castigo divino vemos en las catástrofes intelectuales, morales y materiales de nuestro siglo; castigo que consiste simplemente en dejar que el hombre viva las consecuencias de muerte de su soberbiosa negación de Aquel que es la Vida misma.

En esta Revolución moderna anticristiana, **la libertad, lejos ya de someterse al ser**, a la verdad, al bien, objetivos naturales y sobrenaturales, irá "descubriéndose" a sí misma, "progresivamente", como "fuente" de la verdad y del bien; como causa del ser incluso, en ocasiones: de la "Verdad os hará libres" se pasa a la "libertad os hará verdaderos", y la palabra "libertad", empieza a escribirse con mayúscula, símbolo y signo de su divinización.

Como bien ha dicho Plinio Correa de Oliveira en ese catecismo del contrarrevolucionario que es su obra, "**Revolución y contrarrevolución**" (ed. castellana "Cristiandad", Barcelona, 1959, cap. V).

La Revolución comienza con las **tendencias**; pasa luego a las **ideas**, para justificar "a posteriori" ese desorden tendencial del hombre rebelde; por último se encarna en los **hechos**: en la vida del individuo, en la de la familia, en la de los grupos sociales intermedios, en la de la nación, en la del total orbe de la tierra por último. Y esas tendencias desordenadas en íntima colaboración, son la **soberbia**, que tiende a la divinización del hombre por sí mismo; la **concupiscencia**, que rompe toda regla en el goce de los bienes sensibles, que hace del **ego** de cada uno el centro de los bienes sensibles; la **avaricia**, que hace del **ego** de cada uno el centro de todas las cosas, y que refleja luego en los egoísmos grupales: de familia, de clase, nacionales, raciales, de par-

tidos, sectarios, etc. Y su proceso ha sido exhaustivamente estudiado también por Jean Ousset y el equipo de "La Cité Catholique" en esa enciclopedia de la revolución y de la contrarrevolución católica que es **"Pour qu'Il regne"** (París, 1959), traducido en España al castellano (**"Para que El reine"**, ed. Fax, Madrid, 1960).

Siguiéndolos a ellos, así como a los propios Pontífices y a autores como el P. Meinvielle, Agustín Cochin, el Vizconde de Méaux, Donoso Cortés, el Maritain de las buenas épocas, etc., veremos las etapas de esa revolución: la primera es el **Renacimiento.** La vuelta a lo pagano en literatura y filosofía es sólo el epifenómeno de un drama espiritual: la **aversio a Deo** —separación respecto de Dios— y la **conversio ad creaturas** —conversión hacia las creaturas— de la intención espiritual del hombre, movimiento que, según los teólogos, es la esencia misma del pecado; durante el Renacimiento el hombre inaugura el antropocentrismo poniéndose a sí mismo como último fin: es una especie de ensayo general y previo de una revolución que, después, se desarrollará metódicamente y por etapas, y yendo de lo más alto —lo teológico, en la Reforma— a lo más bajo —lo económico en el marxismo y lo sexual en el freudismo—. En ese ensayo general del Renacimiento se llega, de golpe, aunque sin lograr estabilidad, a los mayores extremos en la Revolución: inmoralidad absoluta, ateísmo, escepticismo, totalitarismo, comunismo, etc.; ellos coexisten, en esa época, con todos los otros grados de un proceso que, luego, como dijimos, se desarrollará por etapas, buscando asegurar perfectamente cada escalón ganado antes de partir al asalto del otro, en un devenir descendente.

Al Renacimiento sigue la **"Reforma"**; la Revolución se instala en lo teológico, y con las tesis del libre examen, del **servo arbitrio**, de la corrupción total de la naturaleza humana por el pecado original (que lleva al "pecca fortiter sed crede firmius"), de la salvación sin obras, por la sola fe, confianza en que Cristo nos ha redimido con

su sacrificio y sin necesidad de otra participación nuestra en tal sacrificio, que esa "habilidad" psicológica o "confianza", destruye todo el edificio de la Teología especulativa y mística, de la filosofía cristiana, de, ante todo, la Iglesia misma, jerárquica y asentada en la roca de Pedro y sus sucesores, de la moral y política cristianas, de la ciudad católica. La libertad —con tendencia de autodeificación existente entonces ya **en sí** como tal tendencia, aunque no consciente o **"para sí"** aun en su ser de tal—, destruye a la Iglesia porque le parece una intolerable traba, una entrega del hombre a fuerzas extrañas y tiránicas, en suma, lo que luego Hegel, Feuerbach y Marx llamarán una "alienación" del hombre. Y Cristo ya no interesa ante todo **por sí mismo**, en su adorable misterio, en su Plenitud de divinidad, sino tan sólo como **medio** para la salvación del hombre, del yo, del **ego**. El yo se busca a sí mismo utilizando a Cristo, en lugar de negarse a sí mismo y olvidarse en Cristo; por eso, en vez de hallarse en El, se pierde, y luego perderá a Cristo mismo, cuando Cristo mismo comience a parecerle una traba a su libertad, a su autonomía.

De la revolución teológica que fue la "Reforma" se pasa necesariamente, en el plano inclinado de la Revolución, a la revolución filosófica que es el **racionalismo.** En esta etapa racionalista, la libertad luciferina llega a ver en Cristo una "alienación" del hombre, el encadenamiento del hombre a un mito. Lo niega, pues, reduciéndolo a simple hombre, o a una figura no-histórica, totalmente mítica, o a una síntesis de una historia puramente humana —el "Cristo de la fe", de los mismos herejes—. Ese racionalista es primero deísta: conserva a Dios, pero no a Cristo. Trata de organizar la sociedad entera y de concebir al mundo total de un modo físico-matemático; su primera encarnación es la Revolución "Francesa".

Pero la Razón rebelde —y aquí comienza a patentizarse el castigo divino de esta empresa de soberbia—, rotos los vínculos con la fe teologal y con la gracia ele-

vante y sanante; reducida a mera razón del hombre empecatado, afectada aunque no destruida por el pecado original, comienza a dudar de sí misma. Llega a creerse inapta para la tarea metafísica; se recluye en el mundo de los fenómenos, de lo sensible; agnosticismo kantiano; su encarnación político-social es el liberalismo decimonónico: "todas las opiniones son respetables"; "todas las religiones son buenas"; claro, ya no se sabe dónde está la verdad y dónde el error; la antes deificada razón sólo alcanza competencia en el plano de las ciencias positivas y de las técnicas; lo demás es retórica, y los Parlamentos son su gran circo de ejercitación.

Mas, antes del suicidio definitivo, la soberbiosa razón rebelde intenta una empresa tan desmesurada como irreal y utópica: **el ponerse como creadora del mundo**, fuente primera del ser; idéntica en el fondo con la razón divina: **panteísmo idealista** que se desarrolla a través de Fichte, Schelling y Hegel, y que en lo estatal engendra una deificación del Estado —suma manifestación de Dios en la historia— y un paso, pues, hacia el **estatismo** y **socialismo** modernos. Si Dios trascendente es incognoscible, dice este idealismo, neguémoslo; el verdadero Dios es la Idea que se realiza en la naturaleza y en la historia, y que sólo en el Hombre alcanza conciencia de sí.

Pero a ese **socialismo** se llegará, no bajo justificación idealista, sino materialista, aunque materialista-dialéctica; en ese proceso, aquella razón humana soberbia, en busca de una Autonomía real y no sólo conceptual del "Hombre", se negará a sí misma para ponerse como mero epifenómeno y reflejo de infraestructuras económicas, ellas mismas producto en el nivel humano de un devenir dialéctico de la materia ciega e increada cuyo proceso se trata de impulsar: **comunismo** marxista-leninista, ateo y materialista-dialéctico. Sólo quedarían, como posibles etapas por cumplir en este devenir luciferino de la Revolución moderna anticristiana, primero la síntesis del ateísmo dialéctico comunista con el ateísmo neopositivista y super-

capitalista occidental; hay más de un signo que parecería indicar que a ello se tiende por algunos —sea que tal síntesis se realice en forma pacífica o bien a través de una guerra que destruya los restos de la civilización cristiana—; y, luego, la pura y simple adoración obligatoria y totalitaria del Anticristo universal, como lo adivinara Benson en su profética obra "El Amo (o Señor) del mundo" (trad. Castellani, ed. Itinerarium, Bs. As., 1958).

"Et propter vitam, vivendi perdere causas!" ("¡Y por causa de la vida, perder las razones del vivir!"), podría decirse con Juvenal (Sátiras, VIII, 84) ante el espectáculo de este proceso en que el hombre, queriendo serlo todo, termina por proclamarse mera **nada**; pero mejor es decirlo con Nuestro Señor Jesucristo: "Quien quiere salvar su vida, la perderá" (Evang. s. S. Marcos, 8, 34).

Incluso los grandes homicidios, los genocidios de nuestra era son engendrados y como obligados dialécticamente por esta empresa de afirmación soberbia de la total autonomía humana: en efecto, negado Dios, es necesario luego negar la imagen de Dios en el hombre —su espiritualidad— y todos los valores dados, jerárquicos, existentes sin la decisión del hombre, en el cosmos, en la sociedad, en el individuo mismo, pues, nada puede coartar la absoluta autonomía del hombre. Entonces, ¿respetará el hombre al hombre? No; sería reconocer que el hombre es respetable **por naturaleza**, esto es, por un valor existente en él **independientemente de la voluntad humana**, supuesta "creadora" de todos los valores, y ello remitiría nuevamente a Dios como causa y ejemplar de ese valor real dado en el hombre; por tanto, el revolucionario, el "hombre-autónomo" que ha alcanzado poder, no sólo podrá, sino que en cierto modo **deberá** demostrarse a sí mismo que nada **limita** la omnipotente voluntad humana, la absoluta autonomía del hombre, corrompiendo, triturando, torturando, asesinando a masas de millones de hombres. **El máximo humanismo coincide así con el máximo inhumanismo**, con la máxima inhumanidad.

Por eso la "soberanía **del Hombre**" resulta un mito ideológico tras el que se oculta y realiza la ilimitada soberanía de **algunos hombres concretos**, aquellos en que la absoluta libertad sin norma buscada, halla posibilidades efectivas de realización. "La dictadura, en su concepción científica, no significa otra cosa que **el poder que no es limitado por nada, por ninguna ley**, y que se apoya directamente en la violencia... La dictadura significa: tomad de una vez por todas... **un poder ilimitado** que se apoya en la fuerza y no en la ley" (Lenin, **El estado y la Revolución**). **La absoluta dictadura, el totalitarismo absoluto, no es otra cosa que la realización concreta del ideal moderno de absoluta "libertad".** Como dijera Charles de Koninck, uno de los que mejor han captado el espíritu de esta Revolución moderna: "Siguiendo esta hipótesis (moderno-revolucionaria), el hombre sería, en verdad, la medida de todas las cosas, que no podrían tener otra medida. Pero la proposición «el hombre es la medida de todas las cosas» sigue siendo abstracta. Para ser consecuentes debemos preguntar: «¿Qué Hombre?», o bien, «¿Qué hombres?». Nótese que no podríamos preguntar: «¿Qué hombre o qué hombres tienen el derecho de imponerse como medida?». Tendrá este derecho aquel que tenga en sus manos el poder de imponerse. En buena lógica se puede, al menos, esperar que así suceda". (**"De la primacía del bien común contra los personalistas,** II^a^ parte, **El principio del orden nuevo, Negación de la primacía de lo especulativo,** trad. castell., Ed. Cultura Hispánica, págs. 134/5).

Los efectos de esto en el orden social y económico son los que viera ya hace años el cardenal Billot: "Es patente... que la obra del liberalismo está en la disolución de todos los cuerpos sociales. Así como los órganos del cuerpo físico no son las moléculas ni los átomos, sino miembros y articulaciones, así los órganos del cuerpo social no son los individuos sino la familia, la corporación y la ciudad; las que... si son desarticuladas en su propio

organismo, es necesario que **ipso facto** perezcan completamente todas las libertades. La razón es evidente, porque sobre las mónadas disgregadas y disociadas que trae el liberalismo, nada puede quedar sino aquel inmenso estado omnívoro que, destruida toda organización y toda autonomía inferior, absorbe en sí toda fuerza, toda potestad, todo derecho, toda autoridad, y se convierte en el único administrador, procurador, institutor, preceptor, educador y tutor, hasta quedar como único propietario y poseso. Y, ¿qué otra cosa significa ello sino una monstruosa servidumbre?" **(De habitudino Ecclesia ad civilem societatem,** cit. por el P. Meinvielle en el prólogo a **"La Iglesia y el Estado",** del P. M. Liberatore, edic. argent. Rovira, Bs. As., 1946, págs. 5/6).

No podrá negarse que la predicción del P. Billot se ha cumplido plenísimamente en los estados totalitarios del presente siglo, y muy en especial en el comunista.

Pero hablar del "Estado" como del sujeto de todo ese inmenso poder, es quedar aún en la esfera de la abstracción. Ese "Estado" es en realidad un conjunto de hombres concretos dominantes; no otro que "la nueva clase" de que ha dado noticia Djilas; la nueva y todopoderosa clase privilegiada de revolucionarios, burócratas y tecnócratas que se forma y detenta el poder real en los estados comunistas; y de la cual dicho autor dice: "la revolución comunista, realizada para terminar con las clases, ha traído consigo la autoridad más completa de una sola clase nueva. Todo lo demás es falso y una ilusión". Y afirma también: "hay... una diferencia entre los cocomunistas y la monarquía absoluta. La monarquía no tenía una idea tan elevada de sí misma como la que los comunistas tienen de sí mismos, ni era tan absoluta como ellos" (Milovan Djilas, "La nueva clase", ed. Sudamericana, págs. 43 y 13, respect.). Sin comentarios.

VI. El trabajo y la economía en ambas ciudades

En la ciudad cristiana, reconociéndose el hombre como creatura y como hijo de Dios, su actitud esencial es de **contemplación y entrega**, mientras que la acción, sin duda necesaria, viene después: María aventaja a Marta. Necesariamente es así, porque al contemplar y al darse, amando, el hombre **se une a lo que lo supera**, mientras que por la acción sólo opera sobre lo que está más bajo suyo, o sobre sí mismo. Por eso, el trabajo ascético se subordina allí a la contemplación mística; el trabajo lógico, a la contemplación filosófica; el trabajo político a la realización del orden verdadero; el trabajo artístico, a la reproducción idealista o promoción de la belleza real; el trabajo material a la creación de bienes útiles que se pondrán al servicio del hombre, y éste a su vez al servicio de la contemplación y amor de la verdad. En cuanto a la economía, o es una parte de la moral, o es un arte subordinado a la moral, y ésta, "el movimiento de la creatura racional hacia Dios" (Sto. Tomás).

Pero en dicho movimiento el hombre cristiano no se mueve por un mero impulso extrínseco, como el hombre-masa de hoy conducido por la fuerza, los "slogans" y la técnica de "condicionamiento humano" que utiliza "científicamente" las humanas pulsiones y los reflejos condicionados para crear una humanidad de esclavos que se creen libérrimos. Aunque se somete el hombre cristiano a la autoridad divina y sus reflejos, tanto en el orden sobrenatural como en el natural —y por ello mismo, ya que esa autoridad divina, creadora y redentora del hombre, se adapta maravillosamente a su naturaleza—, tiene principios **internos** de movimientos, la **naturaleza** y la **gracia**; y en la naturaleza, y presupuesta por la gracia, está la **libertad,** cualidad de su voluntad. Por ello en la ciudad cristiana lo económico surge de fuerzas y centros autónomos, obra y reflejo de la acción humana que brota de los **dinamismos internos del hombre;** la familia, el taller, el

gremio —hoy también la empresa concebida como órgano de bien común— no son meras creaciones del Estado, éste las presupone y se limita a ordenar sus actividades en pro del bien común social, y sólo subsidiariamente las reemplaza. Deja su promoción y dirección a lo que Le Play llamó las "autoridades sociales" espontáneas.

En la **ciudad de la rebelión,** en cambio, **el trabajo** pasa a ocupar el primer término, pues el hombre, negando todo lo que lo supera, sobrepone la acción a la contemplación de las cosas mejores que el hombre. Empieza ello a diseñarse en el propio orden religioso, en donde el trabajo ascético se sobrepone a la contemplación mística; y llega a negarla; pasa luego al orden filosófico, en donde el trabajo lógico se sobrepone a la aprehensión de la verdad objetiva y se hace "constructor" del mundo; en el orden político cada gobernante, ejerciendo la "virtú" maquiavélica, considera su estado como una obra de arte (no de ética) por realizar, por construir; en lo artístico, la actividad constructiva del hombre termina por absorber totalmente el aspecto **mimesis,** viviente imitación, y da lugar al arte sin sentido o a lo que se ha llamado arte morboso; en el trabajo material, éste es proclamado actividad suprema del hombre; actividad demiúrgica mediante la cual el hombre modificará totalmente su naturaleza y la del cosmos hasta hacer de ellas imágenes de la voluntad técnica humana y no ya signos y vestigios de Dios. En cuanto a lo económico, pasará por lo mismo al primer plano, será la "infraestructura" de la que todo lo demás —todo lo espiritual— será mero y engañoso reflejo: no se admitirá otra jerarquía que la del poder económico, y éste, totalitario, identificado con el Estado, restaurará la esclavitud universal. Se ha comprobado que en Rusia solamente existen hoy entre doce y diecisiete millones de trabajadores esclavos, presos políticos y pueblos enteros dedicados al trabajo forzado en inmensos campos de trabajo que cubren enormes zonas de Rusia, desde Ucrania hasta el extremo oriental de Siberia, y desde el círculo

ártico hasta el Cáucaso. **La empresa moderna de libertad soberbia contra Dios, así, en todos los planos, lleva a la absoluta esclavitud, imagen del infierno e instrumento terreno de purificación.**

Quien no quiere servir a Dios, reinando con El, tendrá —Dios no concede posibilidades intermedias pues vomita a los tibios de su boca— que sufrir la esclavitud de Satanás, cuyo reflejo en el mundo descristianizado es la moderna restauración de la más tremenda esclavitud universal.

VII. **Conclusión**

Empero, todo mal es permitido por Dios para obtener un mayor bien; y si tolera tan grandes males en nuestros días será porque se propone sacar de ellos extraordinarios bienes. Hegel hablaba de una "astucia de la Historia", por la cual ésta, de los actos caóticos y egoístas de los hombres, y de los males que la ensucian en todo su curso, obtenía sin embargo un proceso, pleno de sentido, que era realización de la Idea. Chocaba, sin embargo, con la dificultad de que, según su sistema, la Idea no era consciente de sí sino al **término** de ese progreso. ¿Cómo hablar, pues, de su **astucia**? Nosotros, en cambio, ponemos al principio del mundo y por sobre su total devenir a un Dios personal; su "astucia" es la de la Suma Bondad, que, cual el rey fabuloso de la antigüedad, transforma en oro —en oro de bien— todo lo que toca. En sus manos, como instrumentos, están todos aquellos que realizan el mal; y cuando crean haber vencido, hallarán que Dios ha dicho y mandado:

"¡Hasta aquí llegarás y no continuarás,
"Y aquí se romperá la soberbia de tus olas!"

(Job., XXXVIII, 11).

JUAN A. CASAUBÓN

PROBLEMAS DEL TRABAJO

I. INTRODUCCION

Hay problemas del trabajo y no un problema del trabajo

Cuando echamos una mirada sobre lo que es hoy el campo laboral en el cuadro de la actividad humana, no podemos dejar de encontrarnos con la siguiente paradoja: se pretende, haciendo alarde de espíritu racionalista, encontrar una solución unitaria y maravillosa a un problema que, por su naturaleza, nos ofrece matices de una infinita variedad.

Tratar, en efecto, de medir con la misma vara legal fijada por un estado omnipotente y de la misma manera a todas las situaciones de infinita variedad, que nos presenta la naturaleza compleja del trabajo humano no deja de sorprender. ¿Podríamos pretender dar a un foguista de altos hornos el mismo trato que a un vendedor de billetes de lotería, cómodamente sentado en su kiosco? Evidentemente no. La lógica indica dar a cada uno según las necesidades y exigencias particulares de su tipo de trabajo. Tal será la justicia.

De la misma manera como existen una infinita variedad de actividades profesionales distintas, y no un solo problema del trabajo, habrá tantos problemas del trabajo como oficios, como profesiones. Y todavía en el in-

terior de esos CUERPOS se podrán presentar problemas locales, regionales, etc.

De ello surge, pues, que sólo podremos resolver el pretendido **Problema del Trabajo,** dividiéndolo en tantas partes como las situaciones particulares concretas lo exijan.

II. UNA DESCONOCIDA: LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA EN EL TERRENO LABORAL

a) Doctrina y programa

Si hay pues una infinidad de problemas que piden solución en ese campo de la actividad humana, es bien evidente que para obtener una solución coherente que contemple las necesidades del hombre según las exigencias naturales y sobrenaturales que le son propias, hace falta algo que las englobe a todas.

Conviene aquí abrir un paréntesis. Cuántas veces hemos oído decir: "¿Qué hace la Iglesia en el terreno social? ¿Por qué no propone soluciones a los problemas concretos que nos aquejan? ¿Por qué no tiene programa de acción en tal o cual campo?"

Guardémonos aquí de dejarnos llevar a una tal confusión. Hay que distinguir "doctrina" y "programa".

Si bien el programa es la doctrina aplicada a un caso particular concreto, importa ante todo no tomar esta manifestación por lo "esencial", es decir por la doctrina misma.

Es cierto que el programa da también, como la doctrina, directivas de acción. Pero las da para tal caso particular. El programa queda ligado pues al suceso, al acontecimiento. Y los acontecimientos cambian en rápida sucesión en los tiempos agitados que vivimos.

De ahí que sea insuficiente ponerse de acuerdo sobre un programa que puede cambiar de un día para otro, por lo que es necesario subir más alto, encontrar algo que



Ing. Roberto Pincemin

sea superior a los programas, que en cierta manera los haga posibles y permita establecerlos.

Si en tal o cual oportunidad somos capaces de determinar cuál es el camino a seguir, qué decisión tenemos que tomar, es porque, consciente o inconscientemente, recurrimos a un conjunto de consideraciones superiores que nos guían y determinan nuestra conducta.

"La doctrina es pues el conjunto ordenado de estas nociones, de estos principios generales, universales, que permanecen por encima de los acontecimientos, cualesquiera sean ellos.

"Se puede cambiar de programa, pero no se cambia de doctrina".

• El programa pasa como los sucesos. Está condenado a cambiar bajo pena de no adaptarse a los hechos y volverse ineficaz por no condicionarse a una realidad para la cual no ha sido concebido, a conciencia otro programa deberá sucederle.

• La doctrina queda y ella informa todos los programas. La ley de vida es ésta que explica la maravillosa vitalidad de la Iglesia.

Pues si la Iglesia "Madre y Maestra" de los pueblos, es también maestra de vida en el campo laboral, cómo asombrarse que no nos presente programas concretos, que son por su misma naturaleza perecederos, sino que nos ofrezca una verdadera "doctrina", eterna como ella misma dejándonos en cambio a nosotros sus hijos, el cuidado de aplicarla en orden a los problemas de nuestro tiempo, realizando los "programas concretos" que cada situación requiere.

b) El orden profesional de cuerpos intermedios

¿Cuál es pues esa "doctrina" de la Iglesia a la cual debemos estar atentos para realizar en el tiempo lo que serán las bases de la sociedad futura?

Escuchemos a los Papas desde León XIII hasta Juan XXIII.

Dice el Papa León XIII en su carta encíclica "Humanum Genus", del 20 de abril de 1884:

"Viene en tercer lugar una institución sabiamente establecida por nuestros mayores e interrumpida por el transcurso del tiempo que puede valer ahora como **ejemplo y forma de algo semejante.** Hablamos de los gremios y cofradías de trabajadores que, al amparo de la religión, defendían juntamente sus intereses y buenas costumbres".

Gremios antiguos, dice el Papa, como "ejemplo y forma de algo semejante".

El mismo León XIII en la Rerum Novarum, el 15-V-1891, nos dice:

"¿Cuál habrá de ser en cada una de sus partes esta organización y reglamentación de las asociaciones de que hablamos? Creemos que no se puede determinar con reglas ciertas y definidas puesto que depende esta determinación de la índole de cada pueblo, de los ensayos que acaso se han hecho, y de la experiencia y de la naturaleza del trabajo...".

Se rehusa aquí el Papa a reglamentar el detalle **—Doctrina solamente, se rehusa a elaborar programas—**. Estos deben adaptarse a la infinita variedad de situaciones particulares de pueblos y comunidades.

Dice a continuación en la misma Encíclica:

"Proteja el Estado estas asociaciones que, en uso de su derecho, forman los ciudadanos, pero no se entrometa en su ser íntimo y en las operaciones de su vida, porque la decisión vital, de un principio interno procede y con un impulso externo fácilmente se destruye".

Delicadeza de los organismos vivos, nos dice el Papa; se trata pues aquí no de una construcción artificial de la mente de los hombres sino de utilizar lo que la naturaleza nos presenta.

Ampliando estos datos, Pío XI en "Quadragesimo Anno" nos dice: "La política social tiene pues que dedicarse a reconstruir las profesiones".

Profesiones, **organismos vivos** que aparecen espontáneamente para que los hombres asociados realicen un mismo fin económico.

Y más adelante en la misma Encíclica:

"Como siguiendo el impulso natural los que están juntos en un lugar forman una ciudad, así los que ejercen una misma arte o profesión, sea económica, sea de

otra especie, forman asociaciones o cuerpos hasta el punto que muchos consideran esas agrupaciones que gozan de su propio derecho, si no esenciales a la sociedad, al menos connaturales a ella". En la "Divini Redemptoris" expresa: "Por tanto si se considera el conjunto de la vida económica —como ya lo hemos observado en nuestra Encíclica Quadragesimo Anno— no se podrá hacer reinar en las relaciones económico-sociales la mutua colaboración de la justicia y de la caridad sino por medio de un cuerpo de instituciones profesionales e interprofesionales fundadas sólidamente en los principios cristianos, vinculados entre sí y que constituyan, bajo formas diversas y adaptadas a los lugares y a las circunstancias, lo que se llamaba la corporación".

Pío XII por su parte no cesa de repetir la misma enseñanza. En su carta del 10-VII-1946 dice:

"La forma corporativa de la vida social y especialmente de la vida económica favorecen prácticamente la doctrina cristiana concerniente a la persona, la comunidad, el trabajo y la propiedad privada".

Dice también el 19-VII-1947:

"Concerniente la organización profesional o corporativa que ha sido interpretada en distintos sentidos ella corresponde idénticamente a la enseñanza de Quadragesimo Anno y está por encima de todo reproche de inmixión en los negocios puramente políticos del tiempo presente".

Dice en fin el Santo Padre Juan XXIII en la "Mater et Magistra":

"Para poner remedio a tal situación el supremo Pastor indica como principios fundamentales la reinserción del mundo económico en el orden moral y la prosecución de los intereses individuales y de grupo en el ámbito del bien común. Esto lleva consigo, según sus enseñanzas, la reedificación de la convivencia mediante la reconstrucción de los **organismos intermedios autónomos de finalidad**

económico-profesional, creados libremente por los respectivos miembros y no impuestos por el Estado".

Tal es la enseñanza de la Iglesia. Nos indican los Papas el camino a seguir en la organización del cuerpo social para que se instaure "un orden económico inspirado por la justicia social y los sentimientos de la Caridad Cristiana" según palabras de Pío XI en la Divini Redemptoris.

Un orden que sea una invitación a la concordia de los distintos grupos sociales, un freno a las luchas dialécticas, un medio normal para el cumplimiento, por los miembros de la sociedad, de su fin último, es decir la salvación de sus almas.

Estamos aquí entonces en presencia de una "DOCTRINA SOCIAL" que se extiende a todos los campos de la actividad humana y por ende al campo económico. Recordemos al respecto la frase de Pío XII:

"La forma corporativa de la vida social y especialmente de la vida económica favorece..." quiere decir que la organización de la sociedad por **"CUERPOS"** según palabras de Pío XI en Quadragesimo Anno o por **"organismos intermedios autonómicos creados libremente por los respectivos miembros"**, según palabras de Juan XXIII en la "Mater et Magistra", está en la base de la Doctrina Social de la Iglesia. Ello quiere decir que para evitar que el individuo sea esclavo del Estado es necesario dejar que florezcan y proteger el desarrollo de los cuerpos sociales intermedios entre aquél y éste, cuerpos naturales, que favorezcan el desarrollo armónico de la sociedad mediante la búsqueda del bien común, en armonía con los bienes individuales.

c) La **doctrina y el momento actual**

¿Se trata aquí de un retorno al pasado, a esas corporaciones medievales que dieron al mundo largos siglos de paz social?

Evidentemente no, porque si han sido en su tiempo informadas por la "**Doctrina**" de la Iglesia "Madre y Maestra" de los pueblos a lo largo de los siglos, es evidente que las aplicaciones de la doctrina, es decir los programas de hoy, no se pueden elaborar en base a una realidad sociológica enteramente diferente. A tiempos nuevos, nuevas soluciones, pero con la misma doctrina.

¿Se trata de un corporativismo de estado a la manera del fascismo italiano? Tampoco. Pío XI en la "Quadragesimo Anno" habla extensamente de los males que el estatismo infiltrado en él podría producir, y que de hecho produjo. No, evidentemente no es eso.

Se trata en cambio de un ordenamiento en base a la vida orgánica de los cuerpos intermedios que hasta la fecha no han existido en la historia.

De un ordenamiento capaz de solucionar la cuestión laboral mediante la construcción positiva de una salud social que haga al cuerpo entero inmune a los peligros de cualquier totalitarismo, sea del socialismo de Estado, sea del capitalismo liberal o de cualquier otro sistema antinatural.

Decía ya Pío XI en la "Divini Redemptoris": "Hemos demostrado cómo debe restaurarse la verdadera prosperidad según los principios de un sano corporativismo que interpreta la debida jerarquía social, y cómo todas las corporaciones deben unirse en unidad armónica inspirándose en el principio del bien común de la sociedad. La misión más genuina y principal del Poder Político y civil consiste en promover eficazmente esta armonía y la coordinación de todas las fuerzas sociales".

Dice el R. P. Joaquín Azpiazu, S. J. (Op. cit.):

"Mas como el régimen sindical es de lucha y no de paz, la Iglesia, amante como nadie de ésta, busca un régimen de superación admitiendo las actuales formas como un camino para otro mejor que desemboque en la liberación total".

d) **Principios de evolución. Obstáculos**

En esa empresa de fomentar en el orden económico social el bien común y la dignidad de la persona humana, la Iglesia parece pues encontrar dificultades insalvables.

Alternativamente, a pesar de sus insistentes llamados, el poder absoluto del Estado trata de imperar totalitariamente en la vida económica social o por el contrario, la libertad desenfrenada busca establecer el imperio estable del más fuerte sobre el más débil.

Tratemos, obrando como ciudadanos católicos, de eliminar algunas piedras en el camino. En primer lugar debemos restituir a la palabra su recto uso, eliminando el vocabulario marxista el cual ha invadido hasta al punto el terreno, que parece imposible tratar estos problemas sin expresarse de otra manera que como Marx y sus sucesores lo hicieron.

Proletariado

Luego de lo expuesto no es difícil darse cuenta que el proletariado o "clase obrera" no es susceptible de formar uno de esos "Cuerpos" o "agrupaciones de cuerpos intermedios", reclamados por los Papas.

La palabra "proletariado" sirve para designar la repercusión social de un fenómeno "económico".

"El proletariado proviene de la desintegración, por efecto del capitalismo liberal, de los cuerpos profesionales, de los cuales recibe los desechos", dice el R. P. Jarlot.

Es decir que si nos dejamos llevar por el vocabulario marxista llegaríamos a transformar los problemas del trabajo en el problema de la suerte de los trabajadores en la medida en que no trabajan. Porque es en la medida en que no trabajan o trabajan menos o trabajan mal que los hombres son proletarios. Recordemos, de paso, que proletario significa desarraigado. Es por ello que en el instante preciso en que trabajan, su carácter de proleta-

rio desaparece o por lo menos pasa a segundo plano. Los torneros, los zapateros, los panaderos pasteleros o los tranviarios cuando trabajan no son proletarios. Necesitamos pues considerar a los hombres según su actividad social y no según su posición eventual en el mercado del trabajo.

Patrones y obreros

De la misma manera que ocurre con el término "proletario" pasa con la oposición patronos-obreros, los cuales considerados aisladamente, son dos términos antagónicos. Pero si pertenecen a una misma empresa aparecen en seguida puntos de referencia, intereses comunes. La prosperidad de todos y de cada uno depende de la buena marcha de la empresa. No pretendamos que siendo seres humanos se quieran automáticamente, pero hay un hecho seguro, cierto y es que en un marco conocido como el de la empresa se puede esperar superar antagonismos en nombre de intereses comunes y superiores a cada uno.

Por el contrario fuera del marco de la empresa común, lo más probable es que patronos y obreros choquen entre sí sin esperanza de entendimiento.

e) Posibilidades de la doctrina

Proletariado, patrones, obreros... ninguna posibilidad de agrupación de cuerpos intermedios es posible o válida si nos mantenemos en el plano de la terminología marxista.

En cambio, "órdenes", "oficios", "profesiones", tales son las fórmulas que nos propone el Papa Pío XI en la "Quadragesimo Anno". Nadie podría sostener que la forma de las corporaciones de antaño debe subsistir hoy, pero en cambio sí debe aceptarse que los Papas nos indican como solución "el espíritu" que ha informado el principio de los cuerpos intermedios, es decir "ejemplo y forma de algo semejante".

Solución verdadera y única a los problemas del trabajo porque respeta la infinita diversidad de situaciones que nos presenta la vida.

No solución uniforme, sino infinidad de soluciones porque hoy como siempre el trabajo de un tambero es distinto del de un abogado y que no se puede aplicar a los dos una solución uniforme. Pero como los más capacitados en cada materia son los mismos interesados en ella, la sabiduría eterna ha recomendado y recomendará siempre el dejarlos arreglar sus negocios entre sí.

No presenta pues la Iglesia soluciones concretas porque ellas son precisamente de la competencia de los interesados. Lo que nos da es una fórmula general que **ordena,** sin **igualar** ni **uniformizar,** a esos cuerpos sociales que nos indican los Papas.

Cuerpos que se pueden dividir en dos categorías:

Primera: Los grupos cuyos miembros tienen la misma actividad y género de trabajo, es decir gente agrupada por **oficio.**

Segunda: Los grupos cuyos miembros contribuyen a la producción de un mismo producto, a la prosperidad de una misma rama económica, pero cuya actividad puede ser diversa. Eso son las **empresas** o las **profesiones.**

Tales son los cuerpos que normalmente la naturaleza nos presenta: cuerpos de oficio, de empresa, de profesiones. Cuerpos que siempre han existido en la historia, independientes del tiempo y de la idiosincracia de los pueblos, células elementales "naturales" según el decir de Pío XI.

Cualquiera sea el régimen económico imperante, cualquiera el grado de socialización alcanzado, podemos contar con la realidad que acabamos de descubrir.

Grupos que corresponden a necesidades reales y diferentes. Busquemos el orden y la naturaleza de sus méritos.

a) *La empresa*

Es un cuerpo homogéneo. Una comunidad de trabajo. Agrupa todas las categorías sociales de personal: obreros, empleados, capataces, ingenieros, directores, etc.

¿Cuál puede ser el objetivo de un cuerpo de empresa? El de asegurar la prosperidad de todos, el bienestar social de sus miembros. Responsabilidad pues ante todo, de los interesados.

b) *La profesión*

Lo que caracteriza a la profesión no es la capacidad técnica o la función social ejercida sino el producto o el servicio en vista del cual esa función es ejercida.

En ciertos casos el producto es idéntico. En otros es diverso, comporta especialidades.

Se puede hablar pues de profesión o de rama profesional.

Es por el juego de las afinidades naturales que podrán pues organizarse las familias profesionales, los cuerpos profesionales.

Pero en este caso también compete a los propios interesados arreglar el asunto según sus necesidades.

c) *El oficio*

El oficio corresponde a una habilidad personal: médico, ingeniero, mecánico, contador, tipógrafo, etc. Se puede ejercer un mismo oficio en empresas o profesiones distintas. Puede comportar varios grados de capacidad: especializado, calificado, oficial, etc.

No es una clase social. Por el contrario, reconoce

una jerarquía. Es personal, hace un todo con el hombre. Es un rasgo de la personalidad y muchas veces un rasgo dominante.

Valoración comparativa

Cada uno de estos tipos de cuerpos que encontramos en la naturaleza, ¿es solución completa en sí mismo, una solución unitaria del problema laboral? Evidentemente que no. Examinemos, pues, cuál podría ser su articulación para que el "arraigo" del trabajador, es decir su desproletarización por medio de un trabajo estable y seguro, pueda hacer de él un instrumento de paz social.

Por cierto, debemos rechazar la utopía antinatural de una organización unitaria del cuerpo laboral ya que lo contrario supondría la posibilidad de un cuerpo que fuera sólo brazo, o sólo cabeza, o sólo corazón. Cada uno de los cuerpos intermedios tiene su función y es legítimo. Veamos cómo pueden ellos articularse.

a) *Oficio-empresa*

El cuerpo de empresa resuelve problemas; no hay duda. Pero la gente puede cambiar de empresa sin cambiar de oficio. Las empresas no son eternas, pueden desaparecer. Quiere decir que la empresa tiene un grado de inestabilidad que no tiene el oficio.

Se puede cambiar de empresa sin cambiar de oficio. No se puede entonces fundar enteramente la seguridad del trabajador sobre el cuerpo de empresa ya que ésta puede ir a la quiebra o desaparecer por múltiples razones.

Es decir que para garantizar la seguridad del trabajador mediante el solo cuerpo intermedio que es la empresa tendríamos que asegurar artificialmente la permanencia de buena parte de las empresas atando el hombre a ellas. Mediante esta solución caeríamos ante el totalitarismo del régimen comunista.

Ese riesgo desaparece mediante la organización del **cuerpo de oficio.**

El oficio no muere fácilmente. Es corriente cambiar de empresa, pero no lo es el cambiar de oficio. Así pues el cuerpo de oficio será como un elemento más de seguridad, como un paracaídas que viene a suplir los posibles fracasos a los cuales, por su naturaleza, están siempre expuestos los cuerpos de empresa.

Pío XII ha señalado en un discurso del 4-VI-1950 a los miembros del congreso de Estudios Sociales de la Universidad de Friburgo los peligros que significa el pretender buscar una solución unitaria por medio de los solos cuerpos de empresas.

b) *Oficio-profesión*

Si tomamos la profesión como única base de organización de un orden de cuerpos intermedios, ello no presentaría los mismos inconvenientes que la empresa.

• El cuerpo profesional es lo suficientemente amplio como para que se pueda cambiar de lugar sin salir de él.

• Si llegamos a la escala de la rama o familia profesional vemos que la profesión es un factor clave en el orden de la producción. Sus posibilidades son mucho mayores, si se organiza, que las de la empresa.

• En vez de dominar los cuerpos de empresa, propicia y favorece su federación aumentando sus ventajas. Pero no debemos deducir de ello que la profesión hace desaparecer la necesidad de los cuerpos de oficio ya que las debilidades del "Cuerpo Profesional" son también evidentes.

• Puede uno cambiar de profesión sin cambiar de oficio. Así por ejemplo un mecánico puede pasar del automóvil a la aeronáutica, a las construcciones eléctricas o a la rama textil.

Es decir conservando su oficio, trasciende el campo de la profesión.

• Un cuerpo de trabajadores especializados puede encontrarse en estado de inferioridad dentro de una profesión por estar en minoría y a raíz de ello ver sus intereses mal defendidos.

Todos los elementos que se han mencionado hacen aparecer la necesidad de que además del cuerpo profesional existan los **"cuerpos de oficio"**.

Estabilidad y seguridad

Lo que antecede no ha agotado todo lo que tenemos que decir de los cuerpos de oficio.

• Porque desde el momento que es personal, es decir lo que hace uno con el hombre, el oficio sólo puede ser objeto de un título de propiedad privada.

• El oficio ofrece ventajas de estabilidad, de seguridad, de independencia. ¿Qué padres no hacen todos los sacrificios posibles para que sus hijos tengan un oficio?

• El problema del proletariado puede ser en buena medida reducido a un problema de propiedad.

Ni la empresa, ni la profesión, están capacitados, sino por la intervención del estado tipo social comunista y eso anulando la libertad de la persona humana, para asegurar la estabilidad y la seguridad del trabajador.

El que a pesar de conocer la técnica de un oficio, como consecuencia de la desorganización de este mismo oficio no encuentra estabilidad y seguridad suficientes puede ser llevado a cambiar de actividad, ser reducido a la miseria, es decir proletarizado, despojado de su oficio por la deficiente organización general de la economía.

El problema del proletariado es un problema de propiedad, de seguridad, de estabilidad social (diríamos de arraigo). El arraigo del trabajador en su oficio, mediante la organización de los "Cuerpos de Oficio" es la sola fórmula que hoy puede procurarle esta estabilidad, esta se-

guridad, las cuales a su vez no son sino los bienes que produce la propiedad.

Se debe considerar que la posesión de un oficio, o de un título profesional, reviste el carácter de una propiedad y por tanto debe ser garantizada por la ley.

Esta es la clave de la solución del problema del proletariado, sin olvidar, según palabras de León XIII en la "Rerum Novarum", "que ella debe ser completada dando al trabajador la perspectiva de una participación en la propiedad del suelo".

Organización de cuerpos de oficio, de empresa, de profesiones, por los propios interesados, bajo el amparo de una sabia legislación, tales son las bases de la doctrina social a cuya luz debemos elaborar las soluciones que reclaman los tiempos actuales.

III. CONCLUSION

¿Cómo concluir un trabajo de esta naturaleza sino escuchando, como hijos de la Iglesia, la voz del Supremo Pastor, de nuestro padre común, el Papa Juan XXIII felizmente reinante?

Como Soldados de Cristo escuchemos a nuestro Jefe, al Cristo viviente en la tierra, cuando nos da sus directivas para la edificación de un mundo mejor.

La cuarta parte de la Encíclica "Mater et Magistra" nos habla de nuestros deberes:

"El error más radical en la época moderna es el de considerar la exigencia religiosa del espíritu humano como expresión del sentimiento o de la fantasía o bien como un producto de una contingencia histórica que se ha de eliminar como elemento anacrónico o como obstáculo al progreso humano" (Metm., 56).

• Locura pues de los que pretenden resolver la cuestión social sin Dios creador del Universo.

• Locura del liberalismo económico y del marxismo o del laicismo en general.

La paz social no es fruto del sentimentalismo, de la beneficencia o de un proceso histórico, es obra de la justicia. "Opus Justitiae Pax".

Por eso el mundo moderno anda mal, porque no se dirige al hombre total, ser racional, hijo de Dios, sino a un ser que oscila entre un sentimentalismo lacrimoso y un determinado esclavizador.

Doctrina de luz y libertad nos da nuestra madre, la Iglesia, para salvar sus hijos tanto a los del redil como a los de afuera, de los males irreparables que genera la ausencia de Cristo en la sociedad.

Doctrina que obliga en conciencia a los católicos.

"Volvemos a afirmar que la doctrina social cristiana es parte integrante de la concepción cristiana de la vida" (Metm., 60).

"Orientación segura para la solución de los problemas concretos" (Metm., 60).

Debe ser llevada a la práctica por los tres medios que nos indica el Papa: instrucción, educación y acción.

"Una doctrina social no se enuncia solamente, sino que se lleva también a la práctica en términos concretos" (Metm., 61).

• Peligro largamente vivido por los católicos de nuestro tiempo el de contemplar en abstracto la doctrina "cuya luz es la verdad, cuyo objetivo es la justicia, cuya fuerza impulsiva es el amor" (Metm., 61).

• Olvido de hacer lo nuestro cada día para que la Verdad se haga vida. Subjetivismo de los hombres de nuestro tiempo.

• Peligro de quedar en ese "Amor a la Verdad" sin que llegue a conducirnos a conocer "La Verdad del Amor" según las palabras de San Agustín, si nuestra vida inte-

rior de oración y de sacrificio, nuestra sumisión a la jerarquía no vivifican nuestra competencia profesional.

• Peligro de ver hacerse realidad "La terrible imagen del Leviathan" de la cual nos hablaba Pío XII si no hacemos de nuestra actividad diaria un medio normal de salvación de las almas.

"¿Qué le aprovecha al hombre ganar si pierde su alma?", se pregunta el Papa, con Nuestro Señor, al decir que:

"La materia inerte sale de la fábrica ennoblecida y las personas se corrompen y se envilecen" (Quadragesimo Anno).

• Peligro si no usamos rectamente de las cosas de este mundo, si no luchamos para transformarnos para así progresivamente transformar el mundo orientándolo de nuevo hacia Dios, su principio y su fin; peligro de ver poco a poco a ese progreso material para el cual se lucha tanto en un afán sin fin de liberación, transformarse para nosotros en un terrible instrumento de esclavitud y de muerte eterna.

Nuestra responsabilidad es inmensa. A la obra pues como ciudadanos católicos para propugnar la implantación en nuestras patrias de ese "Estatuto de Derecho Público" reclamado por los Papas para favorecer la organización y la acción de estos "cuerpos" sociales, capaces de dar a la infinita variedad de problemas que la vida plantea, la infinita variedad de soluciones que la paz y la prosperidad requieren.

"Madre y Maestra" de los pueblos, la Iglesia nos llama a construir la sociedad del futuro en Jesucristo Nuestro Señor, en la Verdad, la Justicia y la Paz.

Emprendamos, bajo la guía de nuestro Padre, este camino de amor.

ROBERTO PINCEMIN

BIBLIOGRAFIA

León XIII, Humanum Genus y Rerum Novarum.
Pío XI, Quadragesimo Anno y Divini Redemptoris.
Pío XII, Discursos y Radiomensajes.
Juan XXIII, Mater et Magistra.
Cias, Comentario de "Mater et Magistra".
Colección "Verbe".
Le Travail.
Verbe, Nº 111.
Joaquín Azpiazu S. J., "Directrices sociales de la Iglesia Católica".

Iglesia ....

Día .... Hora ....

Localidad ....

Provincia ....

Adherente ....

....

Iglesia ....

Día .... Hora ....

Localidad ....

Provincia ....

Adherente ....

....

Iglesia ....

Día .... Hora ....

Localidad ....

Provincia ....

Adherente ....

....

Iglesia ....

Día .... Hora ....

Localidad ....

Provincia ....

Adherente ....

....

Iglesia ....

Día .... Hora ....

Localidad ....

Provincia ....

Adherente ....

....

Iglesia ....

Día .... Hora ....

Localidad ....

Provincia ....

Adherente ....

....

CAMPAÑA DE 3000 MISAS POR EL REINADO SOCIAL DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN NUESTRA PATRIA Y EN EL MUNDO Y POR NUESTRA OBRA "LA CIUDAD CATOLICA"

Comunicamos a nuestros amigos mancomunados en la lucha por el Reinado Social de Cristo Nuestro Señor, que estamos empeñados en una campaña de 3.000 Misas por "El Reinado Social de Cristo en nuestra Patria y en el mundo y por nuestra Obra"; quien deseare adherir, que nos envíe el presente cupón con las Misas ya encargadas.

Se ruega a los amigos suscriptores de "VERBO" que hayan constituido las células o grupos de estudio que se aconsejan en "Normas para la Acción" (números 2 a 7 de la revista), se sirvan comunicarlo a esta Dirección, a fin de mantener un contacto permanente.

Correo Argentino Central B	TARIFA REDUCIDA Concesión nº 6250
	FRANQUEO PAGADO Concesión nº 1217

Domingo E. Taladriz, San Juan 3875. Bs. As

